CUADERNOS
historia 16

Los sumerios

J. M. Gómez-Tabanera, Fernando Díaz y A. Blanco Freijeiro

23

125 ptas

CUADERNOS historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Los comuneros • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de Africa • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: La Segunda Guerra Mundial (2) • 67: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 68 Las herejías medievales • 69: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 70: El reinado de Alfonso XII • 71: El nacimiento de Andalucía • 72: Los Olmecas • 73: La caída del Imperio Romano • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de Africa • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.

DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.

DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.

COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.

PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 228 84 01, 228 47 03 ó 218 50 16.

Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.

IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-85229-91-6, tomo III.

Depósito legal: M. 41.536. – 1985.

Diosa del vaso manante
(Museo de Alepo)

Indice

LOS SUMERIOS

El milagro sumerio

Por José M. Gómez-Tabanera 6
Historiador

Los inventores de la escritura

Por Fernando Díaz Esteban 16
Catedrático de Lengua y Literatura Hebreas.
Universidad de Barcelona

El universo estético de Sumer

Por Antonio Blanco Freijeiro 24
Catedrático de Arqueología.
Universidad Complutense de Madrid.
De la Real Academia de la Historia

Bibliografía 31

La cuna de

CUANDO hace ya algunos decenios, la civilización de Sumer fue calificada como cuna de la Historia humana, esta aseveración pudo parecer a primera vista incluso arriesgada, dadas las obvias dificultades que entrañaba tal concepción. Sin embargo, no resulta demasiado alejada de una realidad que es preciso tener en cuenta ante todo: con Sumer nace la vida civilizada, y es precisamente este carácter el que sitúa a esta misteriosa civilización en los mismos umbrales de nuestro desenvolvimiento cronológico.

La incierta procedencia de los primeros pobladores sumerios que se asentarían sobre el espacio físico donde desarrollarían su propia y refinada civilización aportaría ya de forma inicial elementos suficientes para esta consideración enigmática. La zona regada por los grandes ríos Tigris y Eúfrates, centro de sucesivas y brillantes civilizaciones serviría de marco físico para la sumeria, que sin embargo obtendría un especial significado para el futuro. Sería ella la primera que, en la historia del mundo, utilizaría la escritura como instrumento de comunicación.

Este carácter, que convierte a Sumer en un fundamental hito en el desarrollo humano, vendría determinado por la utilización de las formas cuneiformes de escritura. Realizadas estas formas de escritura sobre tablillas de barro endurecido, ofrecen hoy a las generaciones sucesivas la posibilidad de acceder al conocimiento de unas formas de vida hasta entonces absolutamente ignoradas. Este hecho es el que podría justificar una consideración de la civilización sumeria como la que sería capaz de elevar a un material como el barro hasta elevados niveles de significación cultural.

Sometidas las diversas vicisitudes, como a lo largo de los artículos que integran el presente *Cuaderno* puede observarse, la civilización sumeria desarrollaría asimismo actividades artísticas de diverso orden mediante la utilización de toda clase de materiales. Pero esta comunidad humana, verdadera iniciadora de la Historia en el sentido más pleno de la expresión, quedaría como una cultura que haría del barro instrumento cultural de primer

la Historia

orden, tanto en el plano arquitectónico como en el escultórico, pero por encima de todo en función del papel ejercido por el mismo en el ámbito de la escritura, con lo que las formas de vida humanas hasta entonces existentes penetraban dentro de los umbrales de la verdadera civilización.

Contenido

Este *Cuaderno* se halla integrado por un conjunto de trabajos realizados por expertos conocedores de la cuestión, que tratan de aproximar la realidad sumeria al lector por medio de una consideración concreta de cada uno de los elementos fundamentales de aquella civilización.

En primer lugar, el profesor Gómez-Tabanera estudia la misma naturaleza y evolución del pueblo de Sumer, su estructura como agrupación humana generadora de una cultura particular, los condicionantes de su existencia, la naturaleza de sus creaciones y, finalmente, la importancia de su legado a la posteridad.

Más adelante, el profesor Díaz Esteban penetra en el ámbito de Sumer como cultura creadora de las primeras formas de escritura; es decir, de las iniciales manifestaciones que el hombre ha dejado sobre un modo de comunicación que superaba al oral y gestual, hasta entonces los únicos utilizados. Este trabajo sirve de esta forma como útil constatación de la trascendencia que en la Historia humana ha tenido la civilización sumeria.

En tercer lugar, el profesor Blanco Freijeiro trata del universo estético de Sumer, centrado en la región de Mesopotamia, centro de irradiación de tantos conglomerados de creencias y culturas y germen al mismo tiempo de parte del pensamiento hoy denominado occidental. En este plano, las formas arquitectónicas, escultóricas y pictóricas creadas por la civilización de Sumer sirven como adecuados instrumentos de conocimiento de este fundamental período de la historia de la Humanidad.

Figuras orantes de Tell Asmar (Museo de Bagdad)

El milagro sumerio

Por José M. Gómez-Tabanera
Historiador

CON los inicios del tercer milenio a. C., en la Baja Mesopotamia, el país situado entre los ríos Eufrates y Tigris, conocido en la historia humana con el topónimo de Summer o Sumeria, alcanza a partir de la arribada al mismo de las primeras técnicas metalúrgicas un singular florecimiento que se exteriorizará con la aparición de pequeños reinos, incluso ciudades-estados, a partir de la hegemonía lograda por ciertos poblados, entre los que podríamos recordar aquí a Eridu, Ur, Uruk, Nippur, Kish e incluso Babilonia, y que trascendiendo en su grandeza pasarán a la Historia. Se da la circunstancia de que en el momento álgido de sus respectivos destinos cada uno de ellos se nos presenta gobernado por un rey o autócrata, que además del poder temporal asume como gran sacerdote los poderes religiosos de la comunidad.

La importancia de estas ciudades-estados, a las que quizá quepa considerar algo así como pioneras de las altas culturas a florecer en el Próximo Oriente o Asia Anterior, es patente. Más acento si se tiene en cuenta que con su aparición el hombre parece haber superado la llamada *revolución neolítica* y ha entrado en la que ya cabe denominar *revolución urbana.*

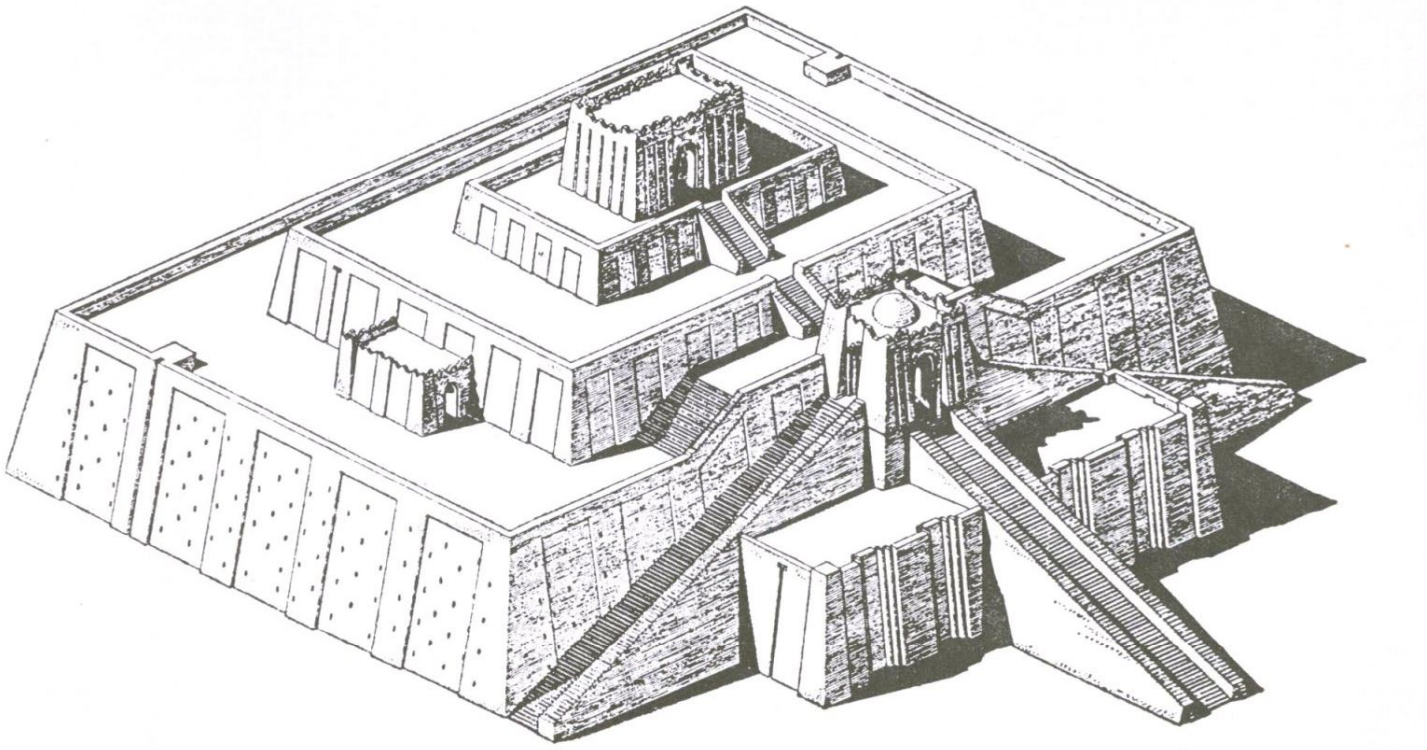
¿Quiénes son los artífices de tal metamorfosis? Son, indudablemente, las primeras gentes *civilizadas;* es decir, que conocen y viven, realizándose, bien o mal, en una vida «civil» (de *cives,* ciudadanos), en sus ciudades-estado, si consideramos como tal las macromoléculas urbanas en que se agrupan y que no tienen nada que ver con las aldeas sirio-anatólicas que las han precedido en el tiempo. Estos primeros «civilizados» son los sumerios y las gentes de Accad, y que tras inventar la primera escritura pictográfica pondrán las bases, con su conciencia semiótica, a la escritura cuneiforme. Estupendos arquitectos, sus colosales creaciones, tanto templarias como palaciales, darán asimismo pie a la elaboración de las ciudades aún vigentes en nuestro universo, pese a llevar transcurridos más de cinco milenios. Así, la de la Torre de Babel. Los sumerios se nos presentarán asimismo como los sagaces creadores de una religión politeísta original, que partiendo de la aceptación de un «universo demoníaco» y de «poderes superiores» conocerá una muy larga supervivencia, pese a las grandes vicisitudes por que tendrá que atravesar Caldea, hasta que el Viejo Mundo elija en Occidente, y como opción para el futuro, lo que llamamos Clasicismo.

¿Quiénes eran los sumerios?

¿Quiénes eran los sumerios? En realidad, el misterio de sus orígenes sigue en pie. Para algunos estudiosos muy bien pudieron llegar a la Baja Mesopotamia por mar y desde el subcontinente hindú, lo que quizá permitiría relacionarles étnicamente con poblaciones dravídicas prehistóricas, e incluso, como pretendió hace ya un cuarto de siglo el ensayista José Carlos de Luna, ver en ellos no sólo los antecesores de ciertas estirpes indo-afghanas, sino también de algunas de las etnias gitanas asentadas en España. Para otros, de acuerdo con las más viejas tradiciones sumerias, tuvieron que llegar desde el norte, de una región montañosa, pero en la que era posible la navegación, por lo que se piensa en los parajes litorales del Caspio, del actual Irán.

Tal idea parece sustentarla el hecho de que cuando arribaron a la Baja Mesopotamia conocían la metalurgia del cobre y de los metales preciosos, así como del bronce, hecho que hace pensar que tales técnicas tuvieron por fuerza que aprenderlas en algún lugar con minas y filones de cobre, e incluso de estaño, minerales de cuya existencia no cabe pensar en la Tierra del Barro que era Summer, incluso antes de servir de marco o epicentro del famoso diluvio bíblico. Piénsese, por otra parte, que el estaño es un metal raro que los sumerios pudieron haber obtenido de las actuales Turquía, Siria y de los confines norteños del Irán, e incluso en el actual Azerbaijhan soviético y persa. Eliminemos, sin embargo, a Siria, por el mismo hecho de que si hubiese servido a los sumerios de fuente de aprovisionamiento también lo hubiera sido de los egipcios, cosa que no tuvo lugar. Por otra parte, Turquía, Armenia y Arzerbaijhan se nos presentan como las únicas regiones montañosas de las que pudieron descender hacia el quinto milenio y hacia la Baja Mesopotamia los sumerios, sin descartar tampoco el litoral iraní del Caspio ni el Khorasan colindantes con el Afghanistán. Regiones todas ellas que muy bien pudieron ser las que aprovisionaron de estaño a los sumerios, a la vez que éstos buscaban la obsidiana de Armenia y el lapislázuli de Afghanistán, cuyas vías de tráfico transcurrían por el norte del Irán.

Talla de portador de cesta (izquierda). *Vaso votivo hallado en Warka* (centro). *Detalle de la figura de un guerrero (Museo de Bagdad)* (derecha). *Reconstrucción ideal del zigurat de Nannar en Ur* (abajo)



Nos encontramos ante un misterio étnico apasionante que en cierto modo nos recuerda al que poco más o menos, por los mismos siglos, se da en la lejana península Ibérica con la aparición de las gentes prospectoras del metal y cuyo ajuar se caracteriza por la utilización de unas curiosas piedras de esquisto, a utilizar quizá en muñequeras de arquero y en los famosos recipientes o escudillas de barro que configuraran el complejo cultural del llamado «vaso campaniforme».

Otro hecho significativo es que los sumerios, al arribar a Caldea, se trajeron consigo sus pesados carros de ruedas, ya conocidos, no sólo en el Asia central y en Transcaucasia, donde les eran de gran utilidad en amplios espacios abiertos que no exigían el trazado de caminos y en los que el fango no obstaculizaba su marcha. Son poco más o menos los mismos carros que encontrara sir Leonard Wooley en las tumbas reales de Ur, y cuyas ruedas y estructura tanto nos recuerdan a la de los carros de la España septentrional, y, sobre todo, al célebre carro *chillón* de las Asturias. En Summer, además de ser tirado por bueyes, posiblemente fueron uncidos a los mismos, utilizando guarniciones especiales, caballos y onagros, estos últimos una variedad salvaje de asno.

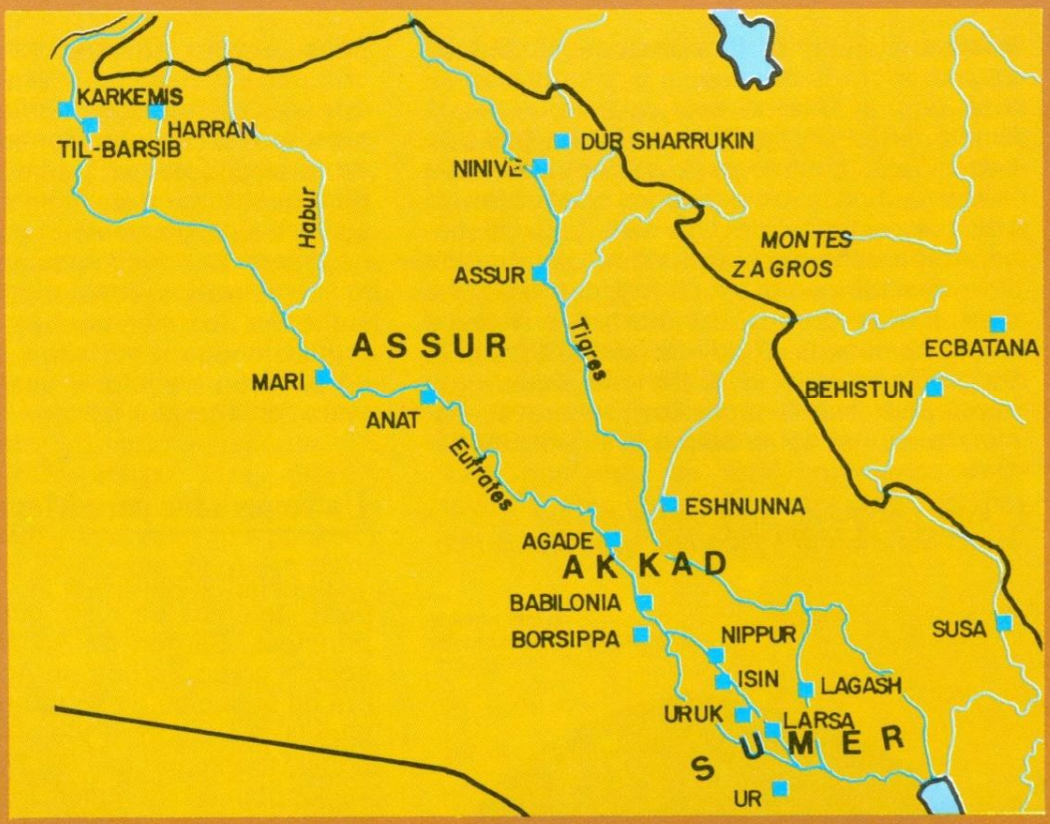
Sea lo que fuere y de donde vinieren, el caso es que los sumerios llegaron a la Baja Mesopotamia imponiendo su cultura calcolítica, cuando ya en el Creciente Fértil grandes y polvorientas aldeas, como Jarmo, Hassuna, Halaf y Jericó, iniciaban sus primeros pinitos urbanísticos. Entonces la Baja Mesopotamia era casi inhabitable y un auténtico y salvaje gran marjal con algún que otro oasis, que servirían a los primitivos sumerios a modo de base de operaciones para una colonización que durará más de un millar de años y que en sus pautas generales nos recuerda a la que han llevado a cabo los nilotas en el estrecho valle del Nilo. Con el tiempo pudieron así, y en las tierras ganadas al marjal o en las colinas colindantes, levantar sus características ciudades en cañas y adobe, agrupadas en torno a los templos, cuyo clero impondría una estricta disciplina social, de todo punto necesaria en esta tierra de pioneros.

La lucha por el agua

La labor emprendida fue coronada por el éxito; hacia el 2700 las ciudades sumerias han logrado incluso el suficiente poderío para rivalizar entre sí y asimismo disputarse las aguas fluviales. Quizá haya que ver una de las razones de la rápida ascensión de su utilización en el hecho de que en vez de un río, como tienen los egipcios, los «protoindios» del valle del Indo, e incluso los primeros «civilizados» de la cuenca del río Amarillo, en China, cuentan con dos, hecho que les da quizá unas mayores oportunidades a la hora de trazar y excavar una red de canales, calculados con tanta sagacidad en su distribución y situación que aún hoy sirven de modelo a las autoridades agronómicas del Irak, ya que ni un ingeniero actual puede soñar en mejorarlos. Estos canales multiplicaron el área de cultivo, permitiendo a la vez la navegación interna, que aquí no se limitaba a aprovechar la corriente, como Egipto, ya que podía servir para comunicaciones transversales, hecho éste que proporcionó a Summer de un ecosistema muy superior al desarrollado por los nilotas.

Por otra parte, aquí la manutención de los canales adquiría particulares repercusiones políticas, al hacer de todo punto necesaria una autoridad central que mantuviese a los canales en perfecto uso. En Egipto ningún rebelde o disidente podía esperar escapar por mucho tiempo al poder del Faraón, dado que sus servidores controlaban constantemente el curso del río y las tierras, cuya vigilancia les había sido asignada. Por el contrario, en Summer el laberinto de los canales acortaba las distancias, pero a la vez facilitaba la desmembración y las autonomías. De aquí que Summer jamás conociera la unificación a la manera egipcia. Las ciudades-estados que van surgiendo en la Baja Mesopotamia no tiene nada que ver con los Nomos egipcios, aun cuando veamos en el curso de la historia sucederse conquistas, sumisiones, pero también autonomías. En ellas sería «fruto del tiempo» los cambios políticos, sin depender, como ocurría en Egipto, de la voluntad de un poder central.

Todas estas circunstancias explican por qué al llegar a un determinado momento, que cabría denominar de «excedente energético», una ciudad-estado de Summer intentase siempre imponerse sobre la vecina, menudeando las rivalidades y las guerras. Sin embargo, al disminuir este excedente ninguna ciudad-estado podía seguir imponiéndose por mucho tiempo, dándose el caso de que prácticamente al día siguiente de su triunfo sobre una ciudad-estado vecina, la ciudad-estado victoriosa y su príncipe podía ser subyugado por el vecino. Por otra parte, las respectivas burocracias estatales, aún en mantillas, carecían de los necesarios recursos y experiencias para sustituir duraderamente la frágil dominación lograda tras un golpe de suerte con la continuidad de una administración que englobase a las ciudades-estados sometidas.



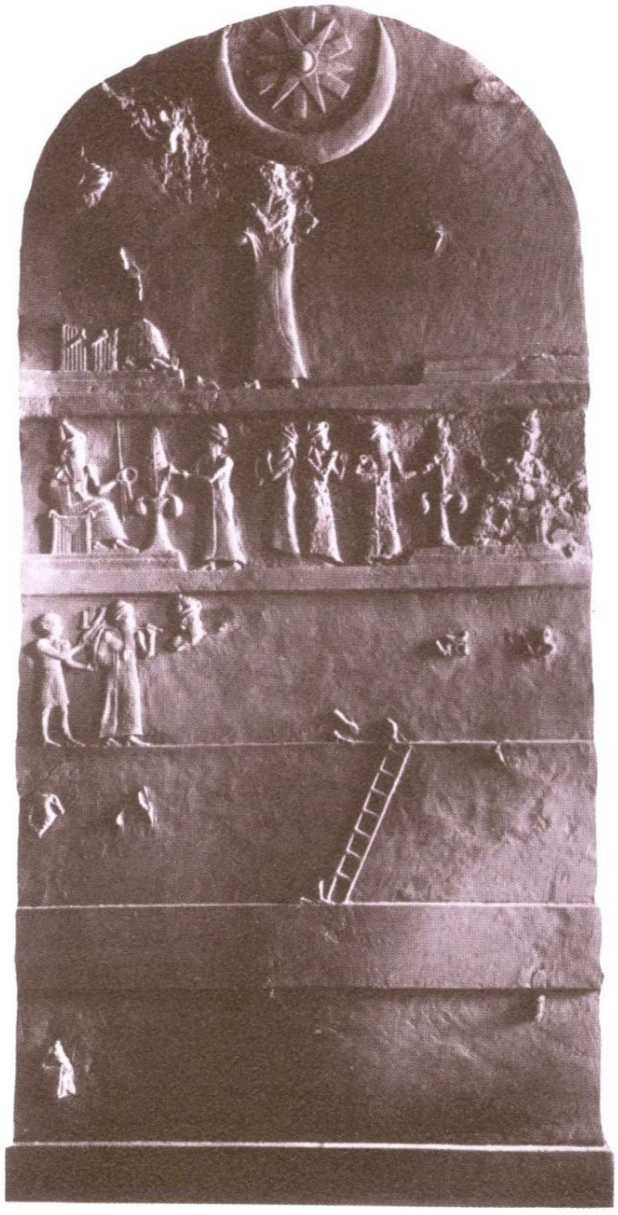
Mesopotamia con las principales ciudades sumerias

Detalle de la diosa del vaso manante

Basta un ejemplo: la poderosa ciudad de Lagash lograría dominar a la siempre revoltosa Umma. Mas he aquí que de la misma Umma surge un caudillo, el futuro príncipe Lugal Zagasi, que logrará vencer y destruir a la eterna rival, e incluso logra conquistar las ciudades-estados de Ur, Kish y Uruk, llegando en su expansión a dominar la región sirio-palestina en el litoral mediterráneo. Tal situación perduraría durante un cuarto de siglo, hasta que alrededor del 2300 a. C., Sargón, soberano de la norteña Akka, logra imponerse sobre mosaicos sumerios, haciendo capital del mismo a la futura Babilonia.

Esta conquista, que cierra el que podríamos denominar Summer *protodinástico*,

Estela sumeria tallada en piedra caliza



pone por otro lado en evidencia el hecho de que por entonces conviven en Mesopotamia dos etnias: una, que podríamos quizá llamar protosemita o simplemente semita, radicada en la Mesopotamia Media, en la parte norteña que domina Babilonia, y otra, la de los sumerios propiamente dicha, sobre cuya etnogénesis tan poco sabemos. Aculturados o miscegenizados, hasta cierto punto, con los sumerios, los semitas llegaron a hablar su propia lengua, aportando a la vez consigo un panteón distinto al sumerio, que bien o mal se integrará a éste.

Un emperador para Mesopotamia

Su penetración hacia el Sur quedaría, empero, detenida en Kish, cuando uno de sus príncipes, Sargón de Accad —también conocido como Sargón de Agadé por el nombre de la capital de su reino, al norte de Babilonia, o Sargón el Viejo—, se hizo con el poder, reuniendo bajo su cetro no sólo toda Mesopotamia, Summer incluido, sino asimismo el Elam, al Este, y parte de Siria y Asia Menor, al Occidente, creando un imperio que abarcaba desde el golfo Pérsico al Mediterráneo e inaugurando un nuevo período de la historia sumeria, el período llamado de Accad, o de Agadé, o simplemente período «accadio», que duraría más de dos siglos y en el que Summer queda sometida al centralismo de Accad, apoyado por una compleja burocracia y un ejército disciplinado, que impide no sólo todo conato o insurreción, sino también el acceso al país sumerio-accadio de otros pueblos que presionan por distintos lugares al imperio.

Fue, sin embargo, a raíz de las campañas bélicas de Naram Sin (hacia el 2190 a. C.) cuando el imperio sumerio-accadio conoce su desmoronamiento: una avalancha de *gutis*, montañeses semibárbaros procedentes de Kurdistán, logran penetrar en Mesopotamia y, tras devastarla, instalarse en Accad hacia 2150.

Parece llegado el momento tan esperado por Summer. Primero será Ur la que alcanza su libertad y tras ella otras ciudades-estados. Hacia el 2070 a. C. los gutis son expulsados de Babilonia. Se logra ahora un nuevo equilibrio político a favor de Ur, cuyo príncipe Ur-Nammu funda una dinastía. Es la época llamada de Ur III o de la *tercera dinastía de Ur*, o también época «neosumeria», en cuyo transcurso la civilización de la Baja Mesopotamia vive un extraordinario *renacimiento*. Es entonces cuando la civilización sumeria trasciende de los mismos límites impuestos por el país entre ambos ríos, con cierta vo-

cación de imperio, alimentada por un eficiente aparato político y burocrático.

Los reyes de Ur derrochan habilidad y diplomacia para imponerse en todo el vasto territorio que agrupa a Summer, Babilonia y las cuencas de ambos ríos hasta Mari y Assur. Para ello delegaron su autoridad en gobernadores, concediendo cierta libertad a las viejas ciudades-estados sumerias. De esta forma se logra la hegemonía en todo el Próximo Oriente y una preponderancia intelectual, que bajo el príncipe Gudea de Lagash, auténtico déspota ilustrado, se manifiesta en un extraordinario esplendor. Se vive un Siglo de Oro de las letras, artes y ciencias. Los escribas se despegan de la simple burocracia y aparecen los poetas y los eruditos, que partiendo de viejas tradiciones orales saben dar un perenne encanto a los mitos, tradiciones e incluso lírica popular.

Sin embargo, los días de Summer están contados. En las fronteras del imperio los bárbaros no cejan. Del crisol sirio-arábigo llegan los amoritas o amorreos, trayendo con su arribada la muerte del imperio, con la segregación de las ciudades y regiones vasallas. El segundo milenario conoce el fin de la dinastía. Sólo parecen quedar los reinos meridionales de Larsa e Isin, que pugnan por su independencia durante algún tiempo, hasta caer absorbidos hacia el 1750, bajo el amorreo Hammurabi, creador del imperio semítico de Babilonia.

Legado sumerio

La elaboración no sólo histórica, sino asimismo paletrológica, hecha posible tras la elaboración de los documentos arqueológicos brindados por la Baja Mesopotamia, desde el tercer milenio hasta la misma agonía Ur III —casi un milenio—, ha permitido afirmar que la vida cotidiana de las gentes de Summer se caracterizaría sobre todo por su carácter *ciudadano,* por vivir en ciudades que abarcaban términos o distritos concretos, que permitían agrupar a sus habitantes en un mismo centro urbano.

Actualmente se ha logrado reconstruir con cierto detalle lo que sería la vida ciudadana de entonces. Situémonos, por ejemplo, en el Lagash, ya tantas veces citado, excavado por Sarzec, y que bajo el príncipe Ur-Kagina (anterior al 2300 a. C.), derrocado por Lugal-Zagasi, de Umma, contaba con treinta y seis mil habitantes, en su mayoría residentes en el mismo casco urbano de Lagash, en torno al templo del dios Nin-Girsú; el resto de los ciudadanos se apiñaban en otros poblados secundarios, especie de ciudades-satélites, dependientes de la capital y agrupados, al igual que en ésta, en torno al santuario. Así, Ur-Kuga, en torno al templo de la diosa Baba; Nina, en rededor al templo de Nhansa, diosa de las aguas, etc. Tras su destrucción por las gentes de Umma, Lagash pudo reconstruirse, alcanzando su mayor demografía y extensión bajo Gudea (entre el 2050-2040 a. C.). Llegó a contar entonces con unos 216.000 habitantes —los mismos que actuales censos dan a Oviedo, la capital de Asturias—, pasando a treinta y cinco desde veinte (hacia el 2300 a. C.) el número de templos levantados en su territorio.

No obstante, en todo momento, y de acuerdo con los datos arqueológicos, hay que pensar siempre que tanto el núcleo ur-

Cabeza que tal vez representa a Sargón de Akkad

bano principal como los pueblos circundantes vendrían a ser un conjunto de casas muy simples o meramente cabañas, algo así como un desmesurado y enloquecedor *bidonville* surgido en torno a las únicas construcciones para las que el hombre parece dedicar su esfuerzo: el templo y sus dependencias, incluyendo en éstas al palacio. De aquí que toda ciudad sumeria, más si se tiene la ocasión de husmear en torno a su estructura, cuando se lleva a cabo su excavación o, mejor aun, sobrevolarla en avioneta o helicóptero, se nos antoje casi siempre trazada bajo un mismo canon.

Claro que al iniciarse las luchas y rivalidades, e incluso intentonas de invasión entre ellas, pronto fueron circundadas por murallas, que también sirvieron para contener, hasta cierto punto, a bárbaros y merodeadores. Estas murallas quizá enmascaran el trazado primitivo. Entre otras han podido conocerse bastante bien las murallas de Uruk (la Erech de la Biblia, actual Warka), cuyo cerco amurallado, construido hacia el 2700 a. C., da una extensión lineal de casi diez kilómetros, presentándose reforzada con 950 torres y abarcando una superficie de 435 Ha. Así también la ciudad de Ur, estudiada por Wooley y Mallowan, también citada.

Nuestra visión personal de la ciudad sumeria parte, sin embargo, de una visión dual. Primero, un momento arcaico o formativo, en el que un poblado inicial se convierte en algo así como en una célula sagrada, una ciudad-templo, cuya vida cotidiana se organiza en función de la divinidad y su recinto, de la misma forma que en una colmena todo parece organizarse en función de la reina-madre. En ella el dios es el auténtico amo de la ciudad y su prelado su representante o vicario sobre la tierra, imperando sobre todos los habitantes del recinto bajo tal título e imponiendo las necesarias disciplinas sociales y económicas para el mantenimiento del orden establecido. Así, al templo irían a parar todos los frutos de las fuerzas productivas, habilitándose para su censo y distribución un particular sistema de escritura y contabilidad (cfr. el trabajo de F. Díaz Esteban).

No es de extrañar, por otra parte, que el templo fuese denominado «la Casa Grande», por ser una especie de palacio en el que se suponía que residía la divinidad, asistida —como posteriormente el soberano en su morada— por sus familiares y servidores, en los escalones superiores de una pirámide de clase mantenida drásticamente y en la que bajo el ápice, ocupada por un sumo sacerdote y el clero, estaba una aristocracia militar; más abajo, una clase media, y, finalmente, los esclavos, muy semejantes a los que nos son descritos en el Viejo Testamento.

En esta primera configuración cabe ver claramente el papel asumido por la jerarquía eclesiástica, pero también el de la clase media, a la que posiblemente pertenecían los escribas y la mayor parte de los contribuyentes al dios de la ciudad, cuyos ministros distribuían los frutos de los trabajos de los hombres y a él se dedicaban diversas ceremonias que eran costeadas por todos los ciudadanos, unidos en una común devoción, para dar satisfacción a su dios y obtener prosperidad y seguridad para la comunidad ciudadana.

Como veremos en la contribución que sigue a la presente en este mismo informe (cfr. el artículo de C. Alonso del Real), el número de dioses objeto de culto y cuidado por parte de los sumerios fue tan grande como el número de aldeas o poblados que les adoptaban como patrón o que aceptaban su señorío. No obstante, sabemos de deidades sumerias que alcanzaron una enorme popularidad y poderío, que hizo trascender su culto más allá de sus sedes de origen. Así, Anu, dios del cielo, y Nanna, diosa de la abundancia, ambas deidades originarias de Uruk; Enlil, dios del cielo y de la tierra, que tanto nos recuerda al Jawhe hebrero y en un principio sólo adorado en Nippur; Enki, deidad acuática, señor de Eridu, etc. En este panteón viril y femenino ocuparán un primer puesto los dioses, a menudo señores de la ciudad; las diosas, sus compañeras, asumirían a su vez, de una forma u otra, otras funciones consideradas fundamentales, como, por ejemplo, aquellas relacionadas con la manifestación de los poderes, ya telúricos o ctónicos, ya animadores de los mundos animal y vegetal.

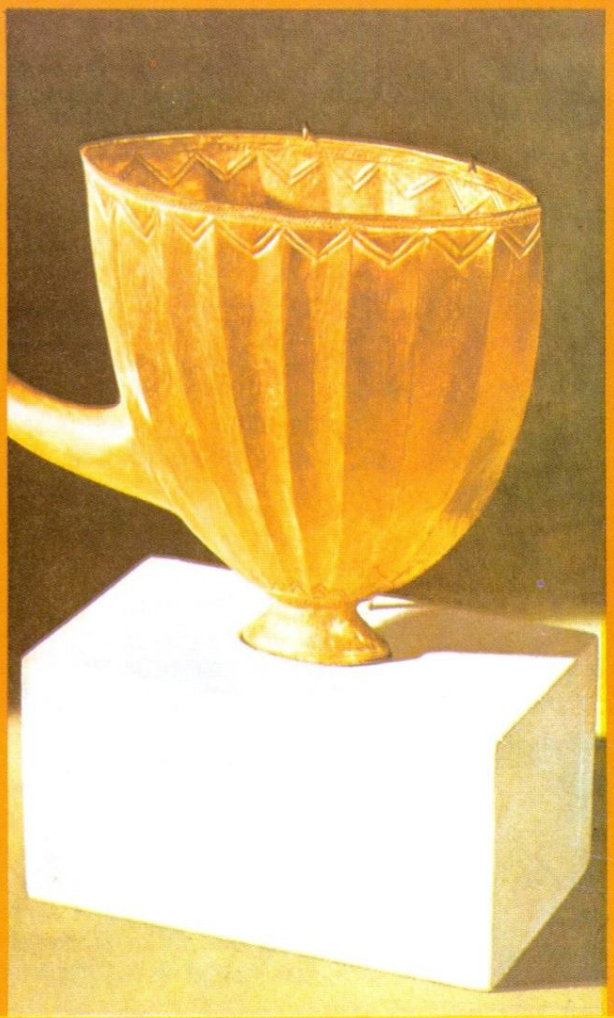
Al iniciarse el tercer milenio a. C. esta estructura religiosa, basada en la comunidad sagrada más que en ideales políticos, y en cierto modo elemental e irracional, se modifica con la aparición en escena de un nuevo personaje que asume el protagonismo. Este es el *Patesi* o príncipe, distinto del gran sacerdote, que pasa a ser su subordinado. Recibirá distintos nombres, como, por ejemplo, *Ensi*, que viene a significar Gran Mandatario, o *Lugal*, es decir, «el Gran Hombre», el condensar en su figura la máxima autoridad. No ha podido saberse hasta qué punto el gran sacerdote o jefe del clero llegó a ceder al príncipe o a repartir con el mismo sus prerrogativas, y si esta cesión de competencias fue voluntaria o forzada por algo así como una «guerra de investiduras».

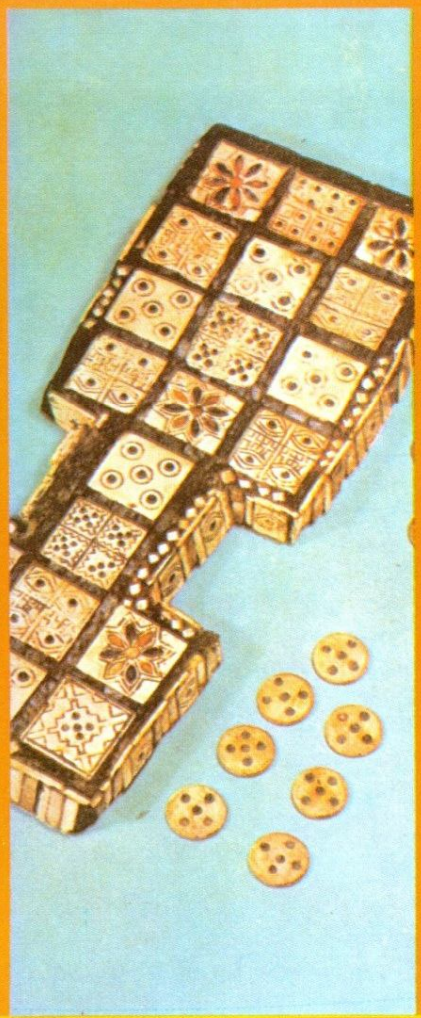
Parece evidente, no obstante, que durante bastante tiempo el nuevo personaje simultaneará sus funciones de príncipe laico y las

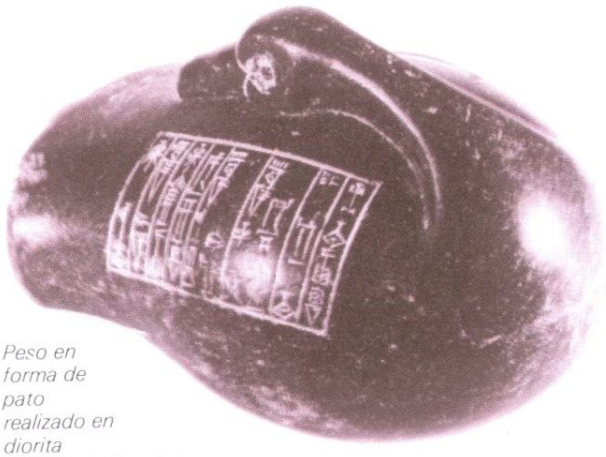
Cuadro en mosaicos de nácar (Museo de Alepo)

Copa de oro procedente de una tumba real de Ur (Museo Británico)

Juego de Ur (Museo Británico)







Peso en forma de pato realizado en diorita (Museo de Bagdad)

de responsable del templo del dios principal y de sus bienes; instalado en el recinto templario se encargaría de coordinar las formas de producción y las labores de la ciudad, particularmente en lo referente a la distribución de aguas y canales, conservación de los templos, jefatura bélica e incluso administración de justicia, actuando en todo como vicario de la divinidad, por la que era asistido. Con el tiempo, sin embargo, le irán siendo cercenados sus atributos sacrales. Esto ocurriría al ir desembarazándose de sus funciones de lugarteniente de la divinidad principal, que cederá a un sacerdote. Asimismo abandonará el recinto del templo para vivir a su aire en una mansión propia o palacio.

De todas formas sus recursos seguirán siendo considerables, al continuar recibiendo pingües dividendos y beneficios procedentes de la explotación de las tierras y de las recaudaciones templarias, así como de las contribuciones exigidas a la población. El templo, por su misma organización, seguiría siendo el auténtico regulador de la vida económica. A su vez, los escribas formados a su vera proporcionarían al príncipe lo que en la jerga actual se llamaría «un equipo de tecnócratas». Ello aparte de que la ciudad fuera conociendo una progresiva laicización se sus instituciones. Así, en unos pocos siglos Summer pasará del régimen de ciudad-templo, al de ciudad-estado, aunque no uniformemente. En algunos lugares el príncipe llegará incluso a hacer suyos los bienes y prerrogativas de los templos, apoyándose cada vez más en su ejército, sus funcionarios, sus escribas, sus tecnócratas y su guardia personal, es decir, en todos aquellos a quienes se denominaba «hombres del príncipe». Surge así en muchas ocasiones una auténtica autocracia despótica que, por otra parte, no tiene que ver nada con las otras que el mundo podrá conocer con el avance de la Historia.

Hay que tener en cuenta también que en las decisiones del príncipe pudieron pesar bastante, y hasta cierto punto, los consejos y consultas con una camarilla a él allegada y denominada pomposamente Consejo de Ancianos. Una idea del éxito de dicha política nos la puede dar la extensión que en el período de Ur III logró el templo de la ciudad y el palacio anejo a éste, llegando a ocupar ambos casi un séptimo del área urbana.

Grandeza y miseria de la civilización sumeria

Al enfrentarse tanto el antropólogo como el historiador con los documentos arqueológicos con que cuenta para el conocimiento de la posible «vida económica» de las ciudades sumerias, en manera alguna puede desvincular su estudio a la realidad de los que hoy llamaríamos «bienes eclesiásticos» y la imposibilidad práctica del ciudadano sumerio medio para llegar a una pingüe propiedad privada, dado que toda movilización de mano de obra se hacía siempre en beneficio exclusivo del templo o del palacio. Así antes del 2300 a. de C. el templo de Babba, en Lagash, poseía unas 4.425 Ha. entre cultivos y pastos, sin contar estanques, viveros y huertas, empleando para su mantenimiento unas 1.200 personas. Anteriormente nos hemos referido a veinte templos y más tarde a treinta y cinco, de los que prácticamente ignoramos todo. Parece claro, sin embargo, que *toda* la población dependía para su subsistencia del templo. Cada familia vivía, empero, de la tierra o parcela que su cabeza visible había recibido del poder, ya como pago de los servicios prestados al templo, ya como agricultor «al servicio del dios». La producción se presenta, pues, mayoritariamente agraria, dependiendo la vida del campesino de la cosecha de cereales y de la explotación de los palmares, pudiendo agregar a estas pequeñas explotaciones agropecuarias los productos de la pesca conseguidos ya en el río, ya en los distintos estanques, así como los productos de las aves ribereñas. A su vez, los talleres de los templos trabajaban y batían el cobre y oro, cincelaban la plata —el siclo de plata llegó a ser la unidad de peso— e incluso produjeron bronce.

La ciudad-estado sumeria siempre contó con buenos artesanos, metalúrgicos, orfebres y lapidarios, que supieron utilizar en las artes suntuarias no sólo los metales preciosos, sino también piedras duras y preciosas, adquiriendo particular relevancia los trabajos de lapislázuli. La consideración de estos extremos nos lleva a la del comercio y tráfico, que llegó a ser monopolio de estado,

como por el mismo tiempo lo fue en Egipto y quizá en Creta. Este tráfico aportaba el mineral a los crisoles y la madera para la construcción de templos y palacios, pero también las buscadas piedras duras y preciosas, tan solicitadas por orfebres y lapidarios. Todo ello muy posiblemente fiscalizado ya por los «hombres del príncipe», ya por las «autoridades eclesiásticas». Se desconoce si realmente existió un comercio interior que colocase los excedente «no oficiales» y si éstos sirvieron para pequeños cambalaches entre la población.

Esta planificación económica, que disiente un tanto de las que milenios más tarde tendrán ocasión de expresarse en otros lugares del Próximo Oriente y del Mediterráneo oriental, pero que a la vez nos la recuerda, tuvo que conocer necesariamente serios altibajos, dado que la actividad fabril dependió en muchas ocasiones de la recepción de materias primas, a través de sus agencias de tráfico. Piénsese en la lejania de los yacimientos metalíferos de las montañas y de los bosques del Norte (Transcaucasia), pero también del Levante (Líbano), y el trayecto desde ellos, llenos de peligros, entre poblaciones semibárbaras mal sometidas. Hechos como éste influirán particularmente en la escasa importancia que logra la labor de los broncistas de Summer, para quienes el estaño norteño será casi inasequible en tiempos del gran Sargón. También en la pesada carga de impuestos y contribuciones para sostener la burocracia real y la clase sacerdotal de los templos, para cuyo servicio todos los habitantes de la ciudad-estado, y más tarde del imperio, tenían que trabajar irremisiblemente durante cuatro meses al año, por lo menos.

Como veremos asimismo más adelante (cfr. el trabajo de A. Blanco Freijerio), era una empresa que sólo podía emprenderse a nivel colectivo, más si se tiene en cuenta que no existían recursos individuales y la carencia o escasez de materiales que pueden antojársenos tradicionales, como la piedra y la madera. La movilización de masas que entrañaba cualquier construcción importante de este tipo se pone claramente en evidencia recordando el pasaje bíblico que nos narra la historia de la construcción de la Torre de Babel, considerada como una muestra de la soberbia humana, y la «confusión babélica» que ésta entrañó, y que para el escriba que registró el hecho, carecía de significación, aun cuando hoy podamos encontrarla, no ya en el plano etiológico, sino más bien pensando en la cantidad de gentes, ya hombres libres, ya esclavos, movilizados con tal objeto desde los más remotos confines de la Baja Mesopotamia, lo que entrañaría serios problemas de comunicación hablada. Construcciones ingentes en las que dominó siempre el ladrillo, lo que trajo consigo ventajas e inconvenientes.

Cabría terminar aquí nuestra semblanza. Antes, sin embargo, tendríamos que subrayar que la estructura de la civilización sumeria, que hoy, en 1978, nos cabe contemplar con una perspectiva de más de cinco mil años, influirá decisivamente sobre todos los pueblos que recogieron su legado, y particularmente en aquellos que se asentaron, tras la muerte de su organización, en Caldea. Sus logros, no sólo en el campo de la comunicación gráfica y escrita, sino también en los del arte y técnica, e incluso en el de la experiencia religiosa y mítica, que irán siendo considerados por conocidos especialistas a lo largo de este informe, hace que las civilizaciones que le siguieron los considerasen suyos, hasta tal punto que ello puede explicar el que se pudieran considerar como desconocidos, hasta hace ahora prácticamente el siglo, por los arqueólogos y orientalistas.

Estatuilla en bronce de una mujer (Museo de Bagdad)

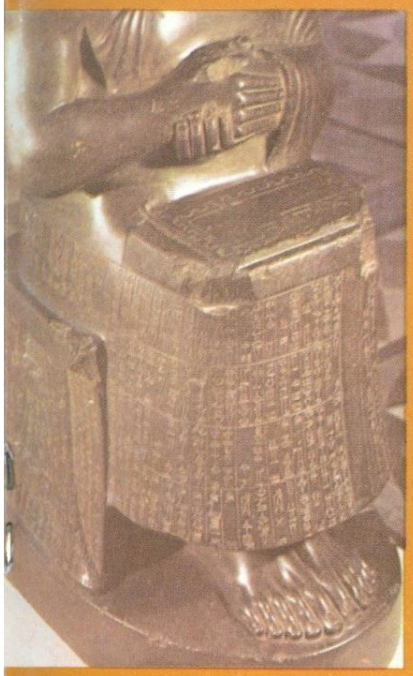
Los inventores de la escritura

Por Fernando Díaz Esteban

Catedrático de Lengua y Literatura Hebreas. Universidad de Barcelona

LOS sumerios son los inventores de una escritura propiamente dicha. En la fase pictográfica, a mediados del IV milenio a. C., se procuraba reproducir lo más fielmente posible la imagen de la cosa o de la acción que se quería dar a entender. Para los casos dudosos o los accidentes gramaticales se acudió al procedimiento de ayudar a la lectura mediante el añadido de imágenes que representaban cosas cuyos nombres sonaban igual que las sílabas del caso dudoso. Con el tiempo, estos signos auxiliares y su imagen se asoció solamente a su valor fonético, a lo que ayudaba el carácter predominante monosilábico de las raíces de las palabras sumerias.

Los sumerios inventaron también la técnica de escribir sobre una tableta de barro aún blando, que después se endurecía al horno como se hace con los ladrillos. Los primeros intentos tienen dibujos con una caña muy aguzada, capaz de hacer líneas rectas y curvas nítidas. Después se utilizó una caña tajada de un modo más basto, con lo cual la incisión no se hacía corrida sino presionando a golpecitos, lo que producía incisiones finas en la punta y triangulares en la cabeza, lo que daba una serie de eslabones en forma de cuña, de donde ha derivado el nombre de *cuneiforme* que se ha dado a esta escritura. Las figuras se dibujaban inicialmente en su postura normal vertical, pero con la tableta en la mano del escriba resultaba más cómodo el dibujo inclinado o horizontal. La tableta se giraba luego un cuarto de círculo y se leía verticalmente. La tableta se dividía en columnas verticales y se leía de arriba abajo y de derecha a izquierda. La costumbre de escribir los signos horizontalmente acabó imponiendo la escritura horizontal y la lectura de izquierda a derecha. Los signos se fueron estilizando y en su fase



Detalle de una estatua de Gudea con escritura cuneiforme

Bajorrelieve del sacerdote Dudu, de Lagash (museo de Louvre)

Cilindros de piedra e impresiones hechas en arcilla

final la estilización fue tan completa que en nada recuerdan directamente su imagen primitiva.

En algunos casos, los signos al simplificarse coincidieron en un mismo signo, que resultó así polivalente, y signos de cosas distintas, pero que tenían los mismos sonidos dieron lugar a que existieran signos distintos para una misma sílaba. La complejidad de la lectura se aumentaba por el hecho de que el signo de una cosa valía también para las acciones o derivados asociados a ella. Existían signos compuestos, formados con la suma de la idea representada por dos signos: signo «boca» más signo «pan» servía para expresar la idea de «comer»; signo «ojo» más signo «agua» equivalía a «lágrimas» y «llorar», etc. La escritura cuneiforme fue utilizada por todo el antiguo oriente, desde el Elam a Egipto y Asia Menor. Los acadios (babilonios y asirios después), los hurríes, los elamíes primitivos, los hititas, utilizaron esta escritura para transcribir sus lenguas respectivas; los cananeos ugaríticos, los elamíes y los persas la transformaron y simplificaron para crear nuevas escrituras. Desde los primeros pictogramas en la época de Uruk (c. 3500 a. C) a la Estela de los Buitres y el Código de Hammurapi la lectura es de arriba abajo, pero desde la época de Fara la lectura es de izquierda a derecha y horizontal.

Una lengua sin parentesco

La lengua sumeria es una lengua de tipo aglutinante, como el turco, el finlandés, el húngaro, el caucasiano y otras uraloaltaicas, las dravidianas, algunas africanas y las malayo-polinésicas, todas ellas caracterizadas por constar de una palabra raíz que expresa un concepto y una serie de partículas

Tablilla sumeria de arcilla en la que figura un texto de carácter médico

que sirven para indicar las relaciones que afectan a la idea de la raíz; las partículas se yuxtaponen, sin que la raíz se modifique. Aunque tenga de común con las lenguas antes citadas la aglutinación de raíces y partículas, que no modifican sus sonidos al yuxtaponerse, no se ha encontrado hasta ahora ninguna lengua, viva o muerta, con la que pueda relacionarse su vocabulario, gramática o sintaxis, es decir, es una lengua como la lengua vasca, sin parentesco, con ninguna otra, a pesar de los esfuerzos de los lingüistas para encontrarle familia.

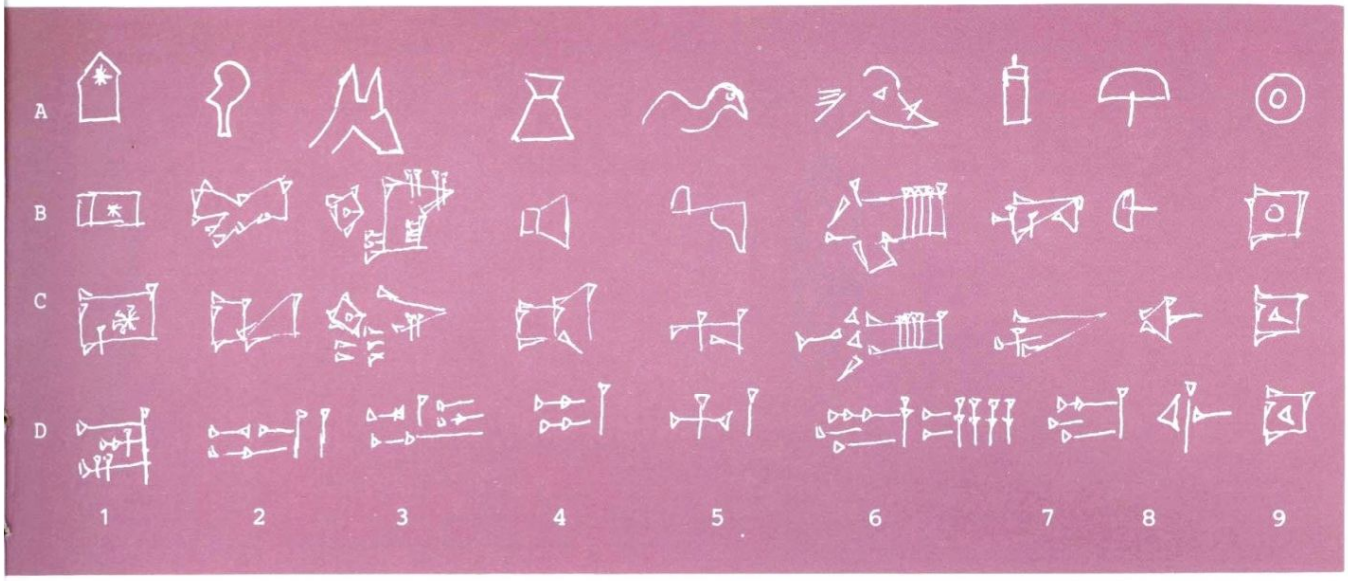
La raíz sumeria es indeterminada y puede tener el significado de verbo, nombre sustantivo o adjetivo, aunque algunas raíces se han ido especializando en una de esas funciones. Las partículas pueden ir al principio, al final o en medio de la cadena formada por la raíz y las partículas que la rodean (prefijos, sufijos o infijos). Las raíces son en su mayoría monosilábicas, *lu* (hombre), *gal* (grande), pero la suma de dos conceptos ha producido raíces bisilábicas: *lu-gal* rey. Otros bisílabos se han producido por repetición: *babbar,* blanco o por aparición de una vocal epentética entre las dos consonantes de un monosílabo que estaba cerrado por dos consonates seguidas: *zalg = zalag,* brillar. Son muy frecuentes los bisílabos producidos al añadir una vocal de apoyo a la consonantes de una sílaba cerrada, *dirg = dir = diri, gir-gir = gigri* calarse. Probablemente la entonación musical de una raíz monosilábica, cuando ésta tenía dos o más significados, serviría para diferenciarlos, como ocurre con los monosílabos chinos.

Los sumerios llamaban a su país *keñer;* un sumerio era, por tanto, un *lukeñer-ra* (hombre keñer de) y su lengua era *eme-keñer-ra* (lengua keñer de).

Uno de los fenómenos curiosos de la lengua sumeria es la división en dialectos correspondientes a la categoría del hablante. Los dioses, los hombres y los esclavos hablan en dialecto *eme-ku;* las diosas, las mujeres, los animales y las cosas hablan en *eme-sal.* Los textos literarios están escritos generalmente en *eme-ku,* pero un texto tardío cita los siguientes dialectos o jergas: *eme-gal* (gran lenguaje), *eme-sukud (-da)* (lenguaje elevado), *eme-suj (-a)* (lenguaje distinguido), *eme-te-na* (lenguaje retorcido), todos ellos dialectos artísticos, a los que hay que agregar los técnicos *eme-malaj (-a)* (jerga marinera), *eme-udula* (jerga de los pastores) y *eme-nu-eša* (jerga de los sacerdotes nu-eš). Cabe distinguir ligeras variantes locales, y, sobre todo, a través del tiempo.

A. Falkenstein a la vista de los documentos escritos en sumerio que nos han llegado, los clasifica en dos grandes épocas (sumeria y neosumeria) subdivididas en períodos. I-*Epoca sumeria:* período *arcaico* (3000 a 2600 a. C.); período *sumerio antiguo* (2600 a 2350 a. C.); período *sargónido y gútico* (2350 a 2140 a. C.); período *neosumerio* (2140 a 2020 a. C.). II-*Epoca neosumeria:* período *protobabilónico* (2020-1850 a. C.); período *babilónico antiguo primitivo* (1850 a 1600 a. C.); período *babilónico antiguo posterior* 1600 a 100 a. C.).

Los sumerios llegaron al sur de Mesopotamia por mar, en el IV milenio a. C. y allí encontraron a un pueblo que hablaba una lengua semita, el acadio, y a otro pueblo que hablaba otra lengua, desconocida, pero que



Esquema que explica la evolución experimentada por los signos cuneiformes. A, forma más antigua; B, evolución en sumerio clásico; C, ídem en estado más avanzado; D, neoasirio

se puede rastrear en los préstamos que de ella tomó el sumerio: *zabar* (bronce), *tibira* (herrero) *taskarim* (haya árbol) y en los topónimos de los nombres de las ciudades y ríos, como el Tigris y el Eufrates. De la lengua acadia tomó el sumerio bastante palabras, como *mašgana* (almacén), *ragaba* (jinete), *satu* (cerro); los préstamos del acadio en la época neosumeria reciben el sufijo *um*, como *pujrum* (asamblea), *niskum* (animal noble). El sumerio ha influido grandemente en el vocabulario babilónico y de aquí han pasado algunas palabras al arameo, al hebreo y al árabe.

Pronunciación

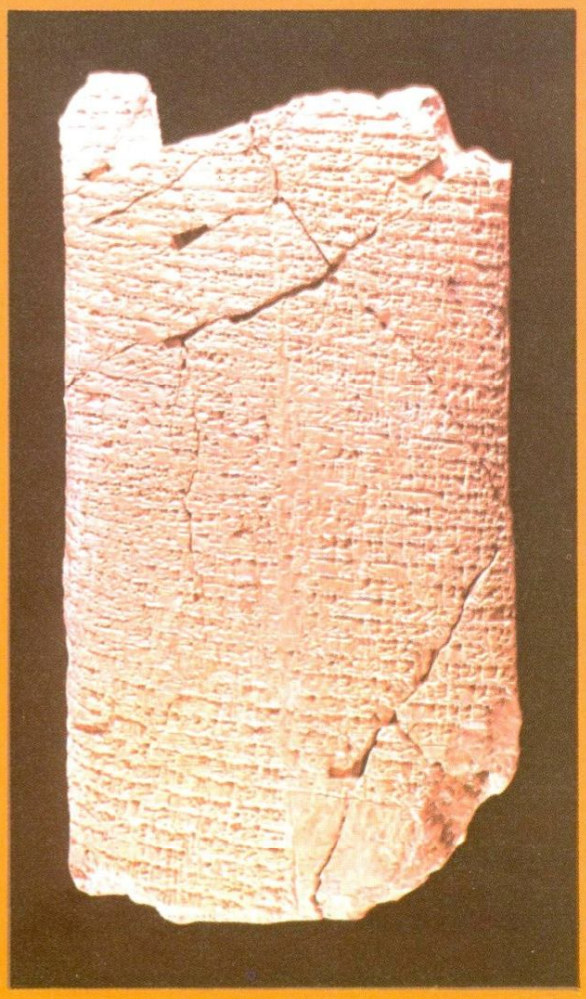
La *pronunciación* del sumerio la conocemos a través de los *silabarios* de época tardía que iban acompañados de la correspondiente pronunciación en acadio añadida por los semitas babilonios porque utilizaban el sumerio como lengua litúrgica.

La exacta pronunciación de las *vocales* sumerias no es siempre segura. S. N. Kramer propone tres vocales abiertas, *a, e, ô* y tres cerradas *a, ae, u*. A. Falkenstein propone *a, e, i, u* y las nasalizadas *ï, ë*. R. Jestin las clasifica en abiertas, *a, ë, o*, y cerradas *e, i, u, ü, ö*, si bien admite que *o, ä, ü* son conjeturas. Los *diptongos* no existirían más que en tiempos primitivos. Las *consonantes* acadias son: labiales: *b, p, m;* dentales: *d, t, n;* palatales *g, k, ñ;* sibilantes *z* (s sonora), *s, š* (sh inglesa, x gallega, catalana y castellana antigua); palato velar *j* (jota castellana); líquidas: *l, r*. El sonido que hemos representado por *ñ* es una especie de *ng;* la *g* siempre es velar sonora (ga, gui); la laringal sonora *h* es posible que existiera, como igualmente una *ś* sorda que acabó confundiéndose con la s.

Las diferencias entre los dialectos *emeku* y *emesal* comprende a vocales y consonantes, como *inim/enem* (palabra), *agar/adar* (campo), *nir/šer* (señor). Mediante el fenómeno de la *armonía vocálica*, una vocal puede transformarse en otra igual a su compañera en la palabra. En las consonantes, la *asimilación es progresiva*, es decir, se asimila al sonido que sigue, pero no es un fenómeno frecuente: *uj* – (pueblo) + *kin* (totalidad) = *ukkin* (asamblea).

Los nombres *abstractos* pueden formarse mediante los prefijos *nam-, niñ-, ki-, ñiš-, mi-, du-* (p. ej. *en*, señor, *nam-en*, señorío). No hay *género: diñir* = dios/diosa, aunque se puede especificar el género añadiendo *nita (g)* (masculino) o *mi* (femenino). En algunos casos hay palabras especiales para el macho o la hembra: *gud* (toro) *ab* (vaca), *lugal* (rey), *nin* (reina). El número no se indica, pero a veces se acude a repetir la palabra: *zu-zu* (dientes), procedimiento que puede indicar también totalidad: *kur-kur* (países, todos los países) o grado superlativo *a* (agua)-*gal* (grande): *a-gal-gal* (aguas muchísimas = inundación). Existe un sufijo que se aplica a los dioses y hombres para indicar pluralidad: *-e-ne: diñir-diñir-e-ene* (los dioses), *diñir - gal - e - ne (los grandes dioses)*. También puede usarse *me* como sufijo de pluralidad: *dub-sar* (escriba), *dub - sar - me* (los escribas).

Para animales o cosas se utiliza el sufijo *jia; ja: gud-ja* (toros). No hay declinación de las palabras, pero el caso se indica mediante la sufijación de partículas independientes: *-e*



Tablilla con textos legales del reinado de Eshnunna (Museo de Bagdad)

Nominativo y Acusativo *(lugal-e* el rey); *-a* Genitivo *(e - diñir - (r) a* = templo - dios - de = el templo del dios); *-ra* Dativo *(lugal-ra* para el rey); *-a* Locativo, Ablativo, Instrumental *(e-a* en el templo). El adjetivo va siempre detrás del sustantivo, cuando la raíz se ha especializado en la función adjetival *(gal* = grande). Tienen la función de adjetivos las raíces seguidas del elemento sufijo *-a (kugg-a* puro) o bien dos raíces seguidas: *gur-lugal* = medida-rey = medida del rey = medida regia.

El *verbo* puede ser simple o compuesto. Simple es cuando consta de una sola raíz *(ag* = hacer; *šuš* = cubrir), y compuesto cuando la idea verbal es el resultado de la suma de un sustantivo y de una raíz verbal *(ka* = boca + *bad* = abrir, producen *kabad* = hablar).

El verbo sumerio tiene un tiempo *pretérito* y un tiempo *presente-futuro* que se indica mediante una *-e* sufijada. Los *prefijos verbales* son sílabas que se colocan delante del verbo para verbalizar la raíz; son una docena y no se sabe la razón para decidirse por una o por otra; los *infijos verbales* se colocan entre los prefijos y la raíz y pueden señalar: un pronombre en dativo, la idea de locativo o la idea de dirección; pueden suprimirse, pero no así los prefijos verbales. No existe indicación de voz pasiva, que ha de deducirse del contexto, ni pronombre relativo; la oración de *relativo* se indica mediante la posposición *-a*. Una serie de partículas indican matizaciones modales o enfáticas. La *negación* se indica con el prefijo *nu-* (sometido a modificaciones fonéticas).

El orden normal de la frase es: complemento indirecto + sujeto + complemento directo +verbo. La oración principal sigue a la subordinada.

La literatura sumeria

Es la primera literatura escrita de la humanidad; probablemente hacia el año 2500 a. C. el dominio de la técnica de la escritura, utilizado ya para las necesidades de la vida comercial y administrativa, llevó a dejar también por escrito los textos compuestos con el refinamiento de la fantasía y el adorno. La fundación a finales del III milenio a. C. de «casas de la escritura» *Edubba*, escuelas donde los alumnos aprendían la escritura copiando a veces textos literarios, contribuyó grandemente a la difusión de las copias escritas de tales textos.

Los sumerios han escrito sobre la vida en la *edubba* (Furlani, pág. 86): *Escolar ¿dónde has ido tus primeros días? —A la escuela— ¿Qué has hecho en la escuela? —He... mi tableta, he comido mi merienda, he preparado mi tableta y la he terminado; me han señalado mis ejercicios orales y me han enseñado mi ejercicio escrito. Después de salir de la escuela he ido a casa y mi padre estaba sentado. He hablado a mi padre de mi ejercicio escrito y le he leído mi tableta y mi padre ha quedado encantado. He madrugado, he ido a mi madre y le he dicho: «Dame la merienda, me voy a la escuela.» Mi madre me ha dado dos panecillos y yo me he ido. En la escuela el auxiliar que estaba de servicio me ha dicho: «¿Por qué llegas tarde?» Lleno de miedo y con el corazón batiéndome en el pecho he entrado en la escuela y he saludado respetuosamente al maestro...*

Durante siglos los escolares aprendían, copiaban, imitaban y transmitían la tradición literaria; cuando el sumerio dejó de ser lengua viva, los textos más importantes estaban traducidos a la lengua acadia; por otra parte, al ser la lengua sumeria lengua litúrgica, las literaturas de los babilonios y asirios imitaron y reelaboraron los temas literarios sumerios, que podían conocer tanto en

Bajorrelieve de Ur-Nansche, rey de la ciudad de Lagash

sus traducciones como en el original. Se han conservado tabletas que tienen el texto sumerio y debajo la traducción acadia; otras tabletas contienen solamente el texto sumerio o su traducción.

Las copias suelen ser varios siglos posteriores a su composición original, pero son bastante fieles. El carácter disperso y fragmentario del hallazgo de las tabletas hace que algunas obras no nos hayan llegado completas o que se hayan considerado como composiciones distintas fragmentos aislados de una misma obra.

El estilo general de la literatura sumeria es monótono, pero la temática es variada y algunos de los motivos literarios sumerios han tenido gran trascendencia: el Diluvio como castigo para aniquilar a los hombres, la busca del héroe Gilgamesh de la fama inmortal, ya que no va a tener vida eterna, la bajada de la diosa Inanna a los infiernos; las fábulas en las que los animales o las cosas hablan y disputan sobre quién es el mejor; los proverbios y apotegmas, los consejos de los padres a los hijos...

El estilo general de la literatura sumeria gusta de las repeticiones de mensajes, frases o palabras; no hay intriga, no hay sorpresa; el relato se desarrolla de una forma un tanto inconexa. Pero se busca un efecto estético con el empleo de metáforas, símiles, paralelismo de las ideas. La poesía no tiene rima ni metro, pero puede estar dividida en estrofas, tener estribillos o la inclusión de una contestación o antistrofa; la prosa literaria es una prosa poética.

La complejidad literaria sumeria se ve en que ellos mismos dan nombres a las diversas clases de composiciones literarias, clasificándolas conforme a unos criterios que no siempre nos es posible distinguir por falta de elementos de juicio en cantidad suficiente. La preocupación literaria llevó a los sumerios a registrar en tabletas los títulos de las obras literarias; una tableta nos cita 62 títulos de obras que al menos en una veintena de casos sí nos han llegado más o menos fragmentariamente. Todas las obras son anónimas, sin que conste sus autores; el título solía formarse con la primera o primeras palabras de la composición.

El material escrito en sumerio es muy vasto. Kramer considera que el 90 por 100 de los textos está formado por inventarios,

notas de entregas, recibos, documentos de ventas, contratos matrimoniales, testamentos y sentencias judiciales. El resto, repartido en unas cinco mil tabletas, es literatura propiamente dicha: mitos, relatos épicos, himnos, lamentaciones, proverbios, cartas.

Escritos sapienciales

La literatura sapiencial sumeria ha sido estudiada por Van Dijk con los siguientes resultados: El dialecto empleado es el *eme-ku* y a veces el *eme-sal*. Los *Proverbios* solían formar colecciones que se componían en los *edubba* expoliando obras diversas; son parecidos a los proverbios bíblicos; de carácter didáctico agrícola son las *Instrucciones de Ninurta;* hay *Enigmas* (como el relato de tres amigos que buscan el arbitraje del rey); *Fábulas* con disputas del león, el zorro, el lobo; *Cartas a los dioses*, que unas veces podrían ser auténticas y otras nada más ejercicios literarios.

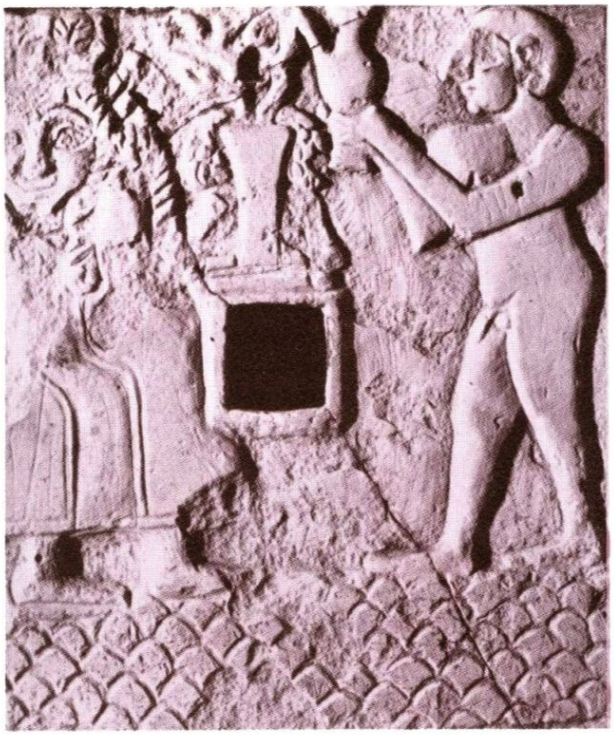
El género epistolar tiene su origen en Sumer. La carta es la que lleva el mensaje y es natural que se le diga «A Fulano dí: ...» y a continuación sigue el verdadero contenido de la carta, que, como esta impetratoria de una paralítica, aun puede emocionarnos: *A Nintinugga, el apoyo de (los cabezas negras), la Curadora del país de Sumer, (habla); a la Señora cuyo encanto vivifica a las multitudes, cuyo encanto aplaca a los hombres...: «Señora mía, tanto si luce el día como si cae la noche sobre mí, he de quedarme sentada. Incluso los que aprecio y conozco se apartan de mí, su dueña; nadie se preocupa por mí, estoy harta, es demasiado, se acabará el vivir. Si de verdad mi Señora lo es del Cielo, podrá arrojar de mis miembros al demonio azag que está en mi cuerpo; me pondrá de pie en suelo firme de la vida...»*

Los *ensayos de edubba* referentes a la vida escolar y a las relaciones de maestro y discípulo están penetradas de respeto hacia el maestro: *«como a un perrito me has abierto los ojos, has formado en mi humanidad»* (Dijk, pág. 24). Las *Disputas literarias* se escribirían para ser leídas en voz alta o recitadas en una representación, no como ejercicio literario abstracto; buscaban divertir además de su contenido sapiencial. Se han conservado tanto en sumerio como en bilingües sumero-acadio y en acadio: «El ganado y el trigo», «La azada y el arado», «El árbol y la caña», «El pez y el pájaro», «El Otoño y el Invierno», «El metal precioso y el cobre», en el transcurso de cuya disputa el cobre llega a exclamar:... *«metal precioso, mientras que tu... / mientras que tu mano al trabajo, como si fueras un dios, no toca / ¿por qué, como una especie de león, no paras de atacarme?»...*

La disputa de «El Agricultor y el Ganadero» es una de las disputas con elementos mitológicos. El dios agricultor, Enkindu, es el preferido de la diosa Inanna, pero acaba cediendo el puesto a su rival, el dios ganadero, Dumuzi. Un diálogo entre Inanna y su hermano el dios Utu sirve para ponderar las ventajas del ganadero y del agricultor (Dijk, pág. 70)... *«¿Quién se acostará conmigo, conmigo, quién se acostará?» / «Contigo se acostará, contigo se acostará / contigo, que tu marido se acueste» / ... «Hermana mía, cásate con un pastor / Virgen Inanna, ¿por qué en ello no consientes? / Su crema está buena, su leche está buena / todo lo que sale de las manos del pastor es estupendo /, Inanna, cásate con Dumuzi» / ... «Yo, la Virgen, me casaré con el labrador / el labrador que cultiva las plantas textiles /...*

Por estar en lengua *emesal* frente a los otros que lo están en *eme-ku*, deben de constituir un género especial los *Ensayos en eme-sal*, estructurados como apóstrofes a otras personas o la descripción de una situación de la que se deduce una consecuencia: *El esclavo llega con frecuencia a amo, la sirvienta a ama ./ Tengas lo que tengas, / sea lo que sea con lo que antes no hayas tenido que enfrentarte ,/ pudiera ser que te tuvieras que enfrentar en el curso del destino.*

Los sumerios han conocido el lamento colectivo y el individual y han reflexionado sobre la desgracia que le sobreviene al justo; en la *Lamentación del justo sufriente* hay quejas como: *Yo, hombre maduro, yo el sabio: mi sabiduría de poco me vale. / La verdad que digo, mentira es considerada /... Yo hombre maduro, cuando salgo a la calle, mi corazón se encoge. / Se me mira con mal de ojo /... El malvado me amenaza, / se irrita: —A éste, échalo de aquí...* Las *lamentaciones por las destrucciones de ciudades* invadidas por los enemigos pueden pasar de las quinientas líneas o versos. *La destrucción de Ur* recoge el negativo de un cuadro que antes fuera idílico: (Kramer, Supp. 611 ss.) *La madre no cuida del niño ,/ el padre no dice ¡oh, esposa mía!,/ la joven esposa no se solaza en su regazo, / el niñito no se levanta vigoroso en sus rodillas.* Dentro de las lamentaciones están las *Lamentaciones por Dumuzi*, dios que queda como muerto y luego reaparece. El amor entre Dumuzi e Inanna da origen a epitalamios sagrados con expresiones amorosas de gran belleza y sentimiento; pueden estructurarse en estrofas y contienen los soliloquios de los enamorados. También incluyen las ceremonias de los matrimonios simulados entre el rey y la



Sumerio derramando agua en un vaso sagrado (Museo de Louvre)

diosa. En uno de los poemas, Inanna va dando distintos nombres a Dumuzi y le plantea el eterno problema del llegar tarde a casa: *El Señor puso su mano en mi mano / Ushumgalanna me abrazó. / Ea, toro salvaje, déjame libre, debo irme a casa, / Kali-Enlil, déjame libre, debo irme a casa. / ¿Qué diré para engañar a mi madre, / qué diré para engañar a mi madre Ningal? / —Déjame que te lo diga, déjame que te lo diga, / Inanna, la más mentirosa de las mujeres, déjame que te lo diga: / «Mi amiga me llevó a la plaza, / me entretuvo allí con música y bailes, / su dulce canto cantó para mí. / En dulce contento se me pasó el tiempo allí...»*

Himnos y poemas épicos

Los *Himnos*, de los que se han conservado unos cien, con una extensión de cinco a cuatrocientas líneas, estaban dedicados a la alabanza de dioses y reyes y también de los templos, como el himno de Gudea al Eninnu de Lagsh; entre alabanza y alabanza se podían intercalar por parte del rey o del poeta diversas peticiones. La autoalabanza los dioses tiene también un paralelo en la autoalabanza de los hombres, como la del rey Shulgi, rey campeón en las carreras a pie, a pesar de que (Kramer, Supl. pág. 585)... *Aquel día, la tormenta se desató, la tempestad silbó, / el Viento del norte y el Viento del sur rugieron clamorosamente; / el Relámpago devoraba en el Cielo a lo largo de los siete vientos; / la tormenta ensordecedora hacía a la Tierra temblar; / Ishkur tronaba por todo el firmamento del cielo; / los vientos de arriba abrazaban a las aguas de abajo. / Su granizo y su pedrisco / azotaban mi espalda: / Yo, el rey, ni temía ni me acobardaba...*

Los himnos más conocidos son los dedicados al dios Enlil como Benefactor y como Señor del Universo; a Ninurta se le representa bien como dios de la cólera, bien como dios agrícola. El dios de las tormentas, Ishkur, es celebrado como castigador de una ciudad rebelde; Ur-Nanna se gloria de haber edificado el Ekur. Próximo a los himnos son la tremenda «Maldición de Agade», porque los dioses se vengan de Naramsin, que se ha cansado a los siete años de hacer penitencia, y la hermosa «Canción de cuna» (Kramer, Supl. pág. 652)... *Niño mío, el sueño te va coger, / el sueño se a aposentar en ti. / Ven, sueño, ven, sueño, / ven a mi niño, / corre, sueño, a mi niño: / Pon a dormir sus inquietos ojos alkohalados / y lengua balbuciente, / que el balbuceo no retire su sueño...*

Los *Poemas Epicos* tienen por protagonistas a hombres, aunque ocasionalmente intervengan dioses. «Gilgamesh y Agga de Kish» posiblemente rememore algún hecho histórico de principios del III milenio a. C.; «Gilgamesh en el País de los Vivientes» relata cómo en busca de fama viaja al monte Jurrum acompañado de Enkidu, después de haber avisado al dios Utu, que adormece a los siete demonios. El guardián del país es el gigante Juwawa, que es finalmente muerto a pesar de haberse escondido. Gilgamesh y el Toro Celeste y La Muerte de Gilgamesh forman parte del ciclo de Gilgamesh, que luego los acadios combinaron en un solo poema largo y coherente.

Otro héroe épico es Enmerkar, que se enfrenta con el señor de Aratta y con Ensukushsiranna. El tercer héroe es Lugulbanda, cuyos hechos con Enmerkar fueron traducidos al acadio y que también está relacionado con el monte Jurrun.

Los *Mitos* tienen como tema el nacimiento de los dioses, el origen del mundo y el hombre, la victoria del orden cósmico, la vida de ultratumba y los hechos de los dioses; suelen tener una extensión de cien a seiscientas líneas. De Nanna se cuenta su procreación y su viaje a Nibri (Nippur); de Enki, dios del agua, se cuenta su relación con el Paraíso y su viaje a Unuq (Uruk) para llevar la civilización desde Eridu. Otros mitos tratan de Ninurta, que mata al dragón, del matrimonio de Martu, de Enlil, de Inanna, cuya bajada al mundo subterráneo pasó a la literatura acadia, como asimismo el mito del Diluvio.

El universo estético de Sumer

Por Antonio Blanco Freijeiro
Catedrático de Arqueología. Universidad Complutense de Madrid.
De la Real Academia de la Historia

En cierta sesión de la Academia Francesa en que se daban noticias de descubrimientos arqueológicos en el Irak, se incorporó de su asiento Víctor Hugo y, considerándose llamado a intervenir, exclamó: *¡Oh, la Humanidad!* Valga la anécdota como expresión del mito moderno, muy arraigado entre los lectores asiduos de la Biblia, de que en Mesopotamia radicaron no sólo la cuna de la civilización y sus irradiaciones, lo que encierra una buena dosis de verdad *(ex Oriente lux)*, sino también los gérmenes de la Humanidad misma. Ni los egipcios, ni los griegos, ni los romanos habían pensado jamás semejante cosa, pero en estas cuestiones ligadas a la fe los europeos hemos propendido a aceptar los relatos de la Sagrada Escritura sin poner en tela de juicio sus tajantes afirmaciones o la interpretación ortodoxa de las mismas, a saber: en Mesopotamia fueron un día el Edén, el Diluvio, la Torre de Babel, el linaje de Abram, la confusión de lenguas y la dispersión de las gentes.

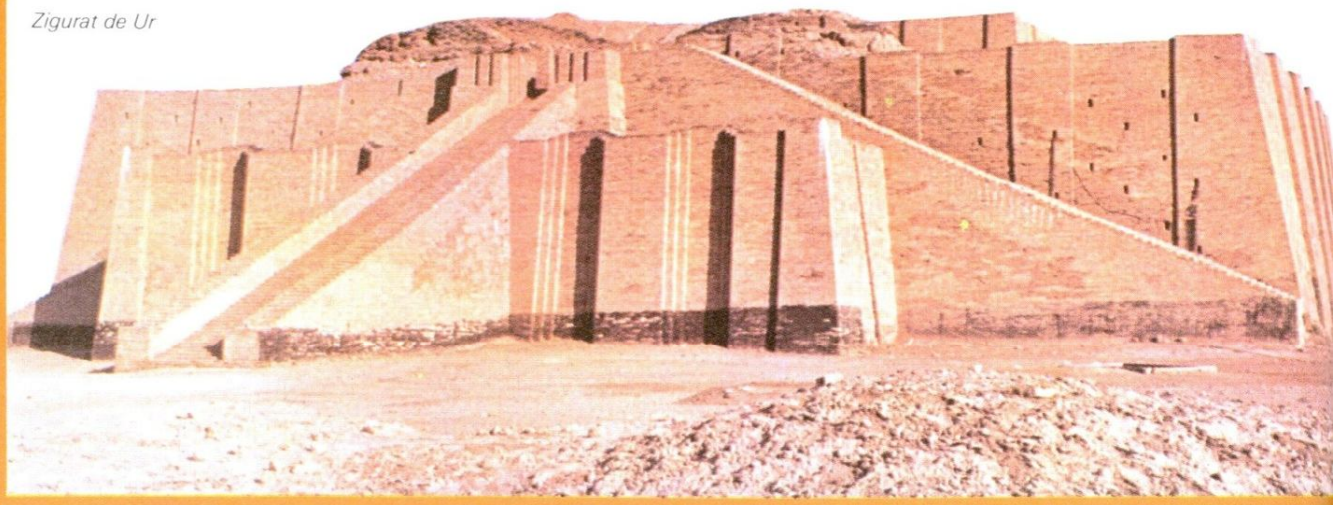
La Paleontología, la Prehistoria y otras ciencias se han encargado de demostrar que las cosas no fueron así de sencillas. En materia de industrias y de arte está hoy clarísimo que la Europa occidental anduvo por delante del resto del mundo durante los largos milenios de Paleolítico Superior. Hubo etapas dentro de éste —el Gravetiense, el Solutrense, el Magdaleniense— en las cuales la mano del hombre alcanzó una pasmosa facilidad para el grabado, el dibujo y la pintura. Cierto que no todos lo hacían tan bien como los pintores de Altamira o de Lascaux, pero la cantidad de sujetos capacitados para expresarse en formas plásticas era tan elevada, que de otro modo no se explica cómo de una sola estación o refugio de cazadores —la Cueva del Parpalló— haya podido el maestro Pericot extraer los cinco millares de muestras de pintura y grabado que hoy forman el mayor tesoro del Servicio de Investigación Prehistórica de la ejemplar Diputación de Valencia. Esto no lo digo yo por patriotismo; esto lo dice H. Müller-Karpe en la síntesis más reciente y ambiciosa publicada sobre el tema: «Historia de la Edad de Piedra» *(Geschichte der Steinzeit*, München, 1974, pág. 177).

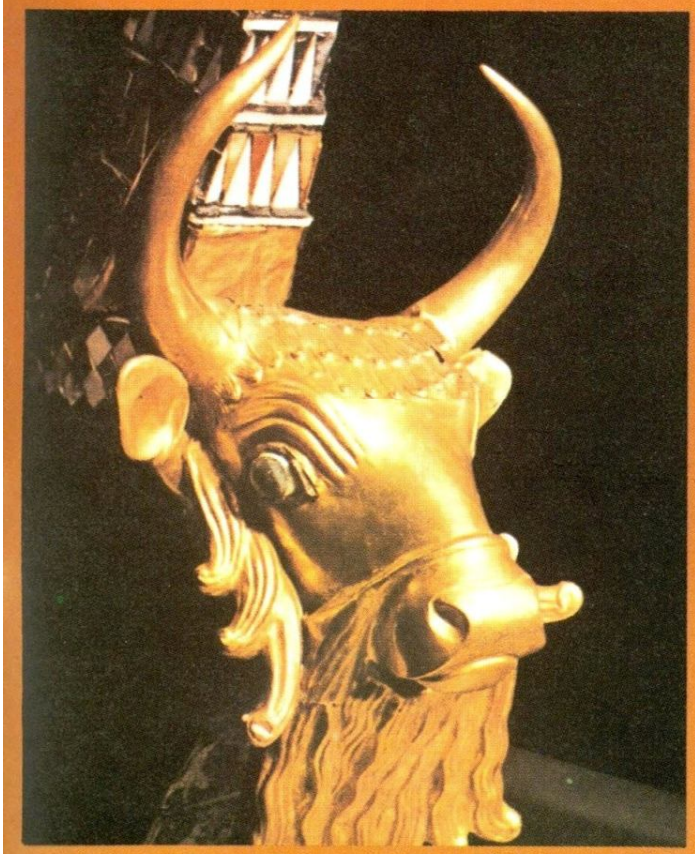
En relativa proximidad se encuentran en Anatolia manifestaciones del arte rupestre paleolítico y la trasposición del mismo a casas-santuarios de cultura neolítica. Los descubrimientos verificados en Catal Huyuk aportan un eslabón semejante al que en el Levante español estaba sugerido por la pintura rupestre neolítica con respecto a su predecesora, pero con la notable diferencia de que el soporte de la nueva pintura es en Anatolia una construcción humana, mientras que en los abrigos levantinos sigue siéndolo la roca natural. Las artes de la pintura y de la plástica rondaban, pues, al Creciente Fértil cuando allí empieza a germinar la civilización urbana de la que serían paladines los sumerios.

Arquitectura

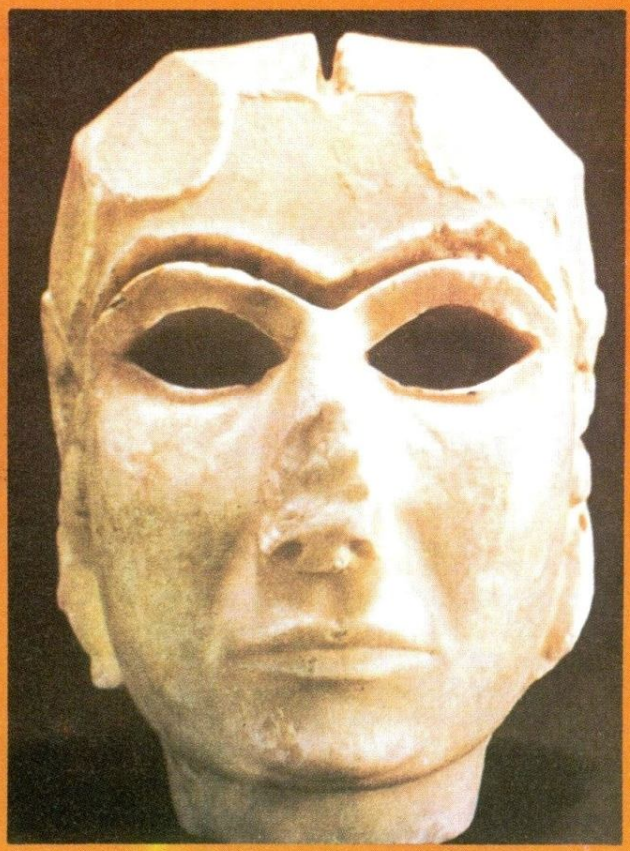
En ciudades nacidas como proyecciones de sus templos sobre las respectivas comu-

Zigurat de Ur





Cabeza de toro (museo de Bagdad)



La «dama de Warka» (museo de Bagdad)

nidades de agricultores, pastores y artesanos tenía que ser el templo el objeto primordial de la arquitectura y de cuanto en materia de culto y ornamentación pudiera contribuir el arte a las necesidades y al esplendor de aquél. Los comienzos son modestos: si no tuviéramos altares y ofrendas no podríamos asegurar que pequeños edificios de adobe con techo plano, y tal vez un ábside como cabecera, fueron los primeros templos levantados expresamente por el hombre. Pero así sucedió. El adobe y la forma se mantuvieron, algo más complicadas en sus contrafuertes y capillas, pero sin introducir innovaciones sustanciales como pudiera serlo el empleo de columnas. La arquitectura sumeria no hizo más que un ensayo de construcción en piedra para el llamado «Templo de Caliza» de Uruk, una experiencia que debió costar un ojo de la cara porque en el terreno aluvial de la Baja Mesopotamia no existía una sola cantera, y nunca más volvió a repetirla. En el futuro se contentó con lo único que tenía a mano, el barro del suelo en forma de adobe y de ladrillo, y con éstos levantó las maravillas que culminaron en la gran Babilonia de los caldeos. O tal vez mejor, los sumerios se percataron de las posibilidades de la arquitectura en barro cocido y renunciaron a servirse de un material de importación. Aun así, para la madera hubieron de recurrir a los mercados exteriores e incluso a apoderarse de alguno de ellos cuando estaba en sus manos el hacerlo.

Dos concepciones presiden el templo sumerio. La primera y más antigua, representada ejemplarmente por el Eanna de Uruk, lo plasma como edificio de una nave, flanqueada por capillas laterales («templo tripartito»), abierto al exterior por sus muchas y altas puertas. Los paramentos están animados por los entrantes y salientes de sus contrafuertes y por el color que le prestan las cuñas de barro vitrificado que, incrustadas en el enlucido de los adobes, los protegen de la intemperie con un duro caparazón de mosaico. La buena marcha del estado socialista-teocrático se manifiesta en estos templos alegres, permeables, abiertos día y noche. Allí, en el Eanna, emerge del testero, como en perpetua epifanía, la media figura de la diosa Inanna, con su dulce y sereno semblante de alabastro.

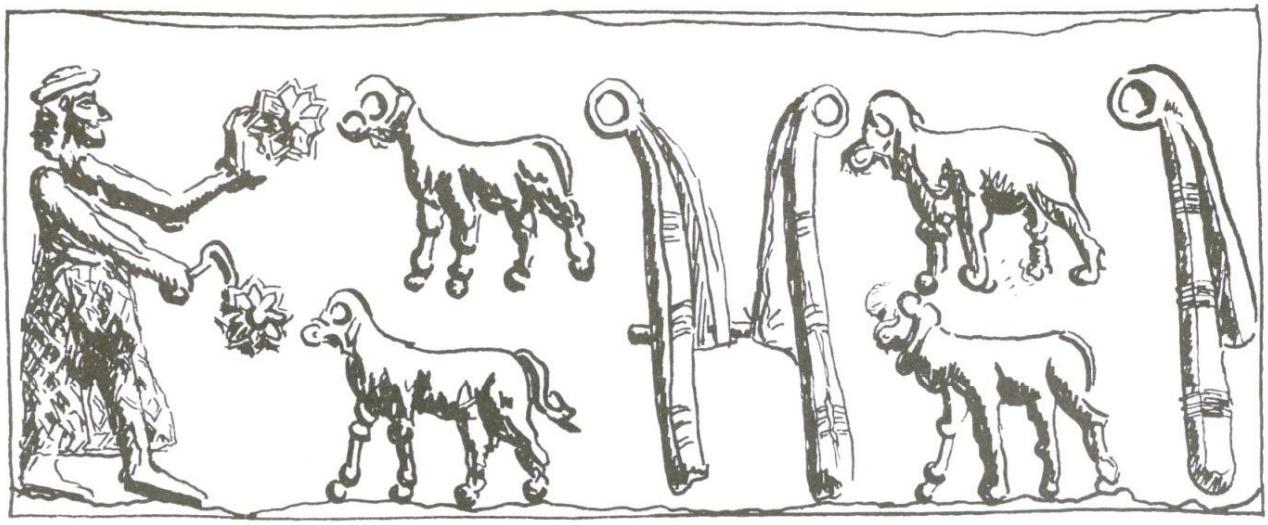
Pero con adobe no se pueden hacer edificios multiseculares. Sólo cabe precipitar su ruina cuando ésta es inminente y levantar sobre ella una nueva construcción. En esta secuencia de destrucción y construcción no sólo los templos, sino las enteras ciudades sumerias fueron convirtiéndose en colinas artificiales, conocidas hoy con el nombre arábigo de *tell*, las únicas alturas que rompen la infinitud de la llanura mesopotámica.

A esta propensión viene a sumarse la clausura del templo, su aislamiento con respecto a la propia ciudad que lo contiene. Como consecuencia de una crisis de confianza entre la casta sacerdotal y el pueblo, los templos se cierran como conventos, de la misma forma que el recelo entre unas y otras ciudades las empuja a todas a rodearse de murallas. A los ojos de las generaciones posteriores, el templo y la muralla de Uruk, atribuidos ambos al héroe Gilgamés, constituían los grandes rasgos monumentales de Uruk: «Gilgamés construyó los muros de Uruk, su gran muralla, y el templo sagrado del Eanna, para Anu, el dios del firmamento, y para Istar, diosa del amor. Miradlo aún hoy, la pared de fuera, por donde corre la cornisa: relumbra con el esplendor del cobre; y la pared de dentro: no tiene par. Tocad el umbral: es antiguo. Acercaos al Eanna, morada de Istar, nuestra señora del amor y de la guerra. Ningún rey posterior ha podido hacer nada semejante. Subid a la muralla de Uruk; caminad por ella; mirad la plataforma de los cimientos y observad bien el aparejo. ¿No es ladrillo cocido y bueno? Los siete sabios la cimentaron.» (Gilgamés, preámbulo.)

Ni del Eanna ni de esta muralla de Uruk, que las excavaciones han seguido en sus cimientos de nueve kilómetros de perímetro, es mucho lo que sobrevive. Pero el texto transcrito nos permite contemplar los criterios de valoración aplicados por los sumerios a su propio universo estético. Criterios de ingeniero, pudiéramos llamarlos: hacer bien, construir bien, vencer al tiempo; el umbral lo ha demostrado: «es antiguo». Los materiales han de ser de primera clase, bien aparejados. La gala del *savoir faire*, pero en duro y permanente. Lo mismo observamos en la escultura: el precio del material importa menos que su resistencia; si es de diorita, tanto mejor. «Esta estatua —nos dice en su inscripción una de las de Gudea de Lagash— no está hecha de plata, ni de lapislázuli; ni de cobre, ni de plomo; ni siquiera de bronce; está hecha de diorita.» El país a quien la naturaleza sólo dotó de barro y de juncos formula así su desafío a la eternidad. A base de ingenio y de tesón el sumerio ha logrado no sólo hacerlo habitable, sino próspero, con capacidad para importar de los países más lejanos las materias primas que precisa. Por eso el hombre que goza de mayor estima es el ingeniero de canales, fundamento del bienestar del país; por eso Hammurabi proclama entre sus grandes realizaciones la de un canal que lleva este nombre tan ingenuo como pomposo: «Hammurabi es la Abundancia del Pueblo.»

La segunda conformación del templo, la más notoria sin duda, fue la del templo-torre o zigurat, esto es, la morada de un dios situada en lo alto de una torre escalonada. Las ciudades de Sumer, que pronto se llamará Babilonia, llegaron a tener muchos templos de este género. El mejor conservado hoy en día, dentro de lo que cabe, es el dedicado a Nannar, el dios de la luna, en la ciudad de Ur, pero el más famoso y grande en el mundo antiguo fue la zigurat de Marduk, el dios de los amoritas, en Babilonia capital. El «padre de la Historia», Heródoto, hizo de ese templo una descripción tan precisa, que a partir de ella se han podido hacer

Sello de la época de Mesilim, hacia 2600 a.C. (Museo Británico)



Sello del período de Uruk, hacia 2800 a.C. (Museo Británico)

dibujos y maquetas. Sin embargo, los hebreos lo consideraban una torre sin terminar: la Torre de Babel.

¿Por qué sin terminar? Es posible que los redactores del Génesis, familiarizados con las Pirámides tras la larga estancia de su pueblo en Egipto, interpretaran la zigurat como una pirámide inacabada, tal y como desde lejos podría parecer. Heródoto, en cambio, la contempla y describe con la precisión y la simpática nota de escepticismo que caracterizan al ojo y al intelecto griegos. He aquí sus palabras: «En otro barrio se encuentra el recinto sagrado de Zeus Belus (= Zeus Señor, esto es, Marduk), el de las puertas de bronce, que se conserva aún en nuestros tiempos. Es de planta cuadrada y mide de lado dos estadios (328 m.). En medio se levanta una torre cuadrada, de un estadio (164 m.) de largo y otro de ancho. Sobre esta torre se eleva otra, y otra más sobre ésta, y así hasta ocho torres. La subida se efectúa rodeándolas por el exterior. A mitad de camino se encuentra un lugar de reposo, con bancos para que descansen sentados aquellos que suben. Sobre la última torre se alza un gran templo. Hay en él un lecho grande y bien aparejado, con una mesa de oro al lado. El templo no alberga estatua alguna, ni nadie pernocta en él a excepción de una mujer de la localidad que el propio dios elige entre todas, según dicen los caldeos que desempeñan el sacerdocio de esta deidad. Aseguran también, aunque a mí no me han convencido, que el dios acude al templo y reposa en el lecho, del mismo modo que acontece en la Tebas egipcia al decir de los propios egipcios» (Heródoto, I, 181-182).

El régimen teocrático de las ciudades de Sumer fue evolucionando hacia la monar-

Sello acadio, hacia 2300 a.C. (Museo Británico)

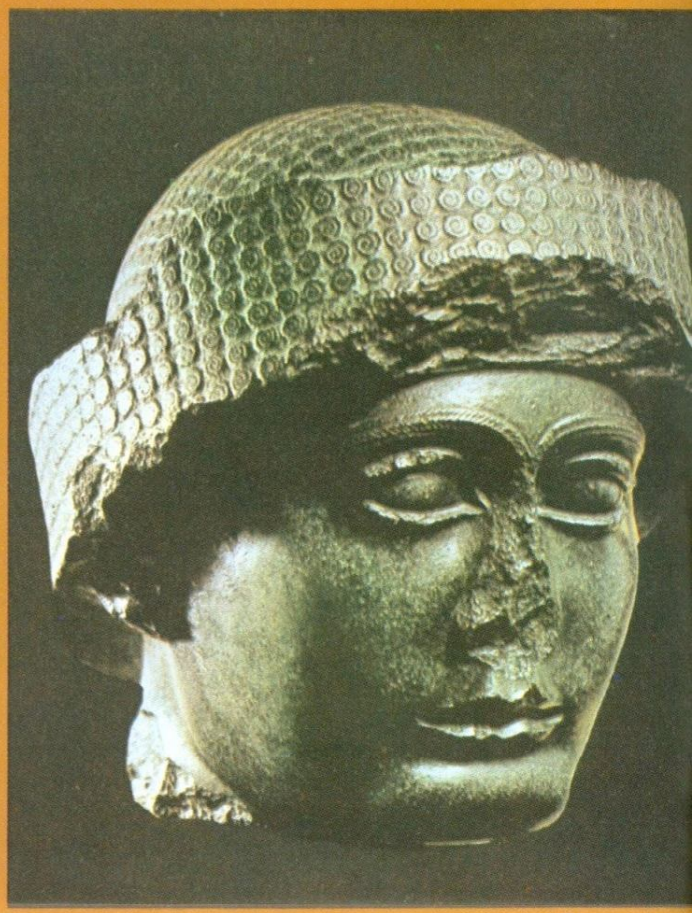
quía ya en la etapa más antigua de su historia. Como consecuencia de esta evolución surge al lado del templo un edificio que tendrá mayor importancia día a día: el palacio. Los ejemplos que las excavaciones han descubierto en Kish, Tell Brak, Tell Asmar y, sobre todo, en Mari siguen un proceso coherente que acaba por hacer de la residencia regia el centro del poder y de la administración del estado, particularmente en sus aspectos de la defensa y de la política exterior. Para atender a sus muchos cometidos, el palacio se organiza como un conjunto de edificaciones centradas en torno a patios a los que se abren el cuerpo de guardia, la cancillería, la sala de audiencias, el salón del trono, el archivo, las oficinas y la escuela de escribas, la residencia del rey y todos los demás servicios. Las artes suntuarias de la incrustación, la pintura mural y sin duda los tapices dan empaque y vistosidad a las salas de representación. Las pinturas de Mari, conservadas hoy en el Louvre, constituyen el mejor exponente del gusto y del colorido con que los muros de un palacio exaltaban al príncipe en sus funciones rituales.

El sello y el relieve

El arte de tallar en piedras duras los sellos cilíndricos reviste entre los sumerios una enorme importancia, porque a partir de ese arte, de por sí magnífico, se comprenden mejor el estilo y los rasgos esenciales del relieve escultórico, dependiente de aquél en gran medida. La piedra del sello puede ser corriente —caliza, mármol, alabastro—, pero también semipreciosa, como el lapislázuli, la calcedonia o el ágata. El artista debe procurar que aun produciendo estos sellos a centenares, sus motivos no se repitan nunca exactamente, pues el sello signatario es un objeto estrictamente personal —la ley así lo reconoce— y por tanto debe ser único. Sus temas reflejan, con una riqueza casi ilimitada, el panorama religioso, mitológico, campestre y cortesano de los sumerios, y lo hacen con una gracia y una espontaneidad deliciosas. Incluso muchas de sus inscripciones tienen el valor de fuentes históricas concretas, referidas a personas o instituciones determinadas. Es de tener en cuenta que de estos sellos han llegado a nosotros miles de ejemplares, incluso de épocas en que los testimonios de otras artes se han perdido en su casi totalidad. Ese microcosmos nos desvela un mundo perdido de escenas pastoriles, cacerías, procesiones, desfiles, ofrendas, oficios, mitos y leyendas no sólo admirablemente compuestas, sino de figu-

Vaso ritual proveniente de Warka (museo de Bagdad)

Talla en piedra de Gudea, rey de Lagash



ras expresivamente modeladas en hueco para que su impronta sobre la arcilla del documento las traduzca al relieve.

De esa gran escuela salieron los grandes escultores, todos ellos anónimos. Ya en la época de Uruk sorprende la aparición repentina de vasos de alabastro con escenas rituales en relieve plano, muy similares a las de los sellos, pero lógicamente de mayor riqueza y envergadura: todo el pueblo desnudo, seguido de sus animales, se dirige al santuario de Inanna para hacerle ofrenda de los frutos del campo y de la era. Pero aún más admirables son los jarros de caliza materialmente envueltos en figuras de hombres, toros y leones potentes y agresivos. En estos vasos usados en el ceremonial religioso, cuando Egipto está dando aún los primeros balbuceos del que será su estilo clásico, Mesopotamia se decide por una línea de expresión plástica rotunda, vigorosa y dramática. El fenómeno es tanto más sorprendente cuanto que en realidad surge de pronto y de la nada. La tradición prehistórica mantenida hasta entonces queda interrumpida, y el arte nuevo, aquí como en las demás manifestaciones, se expresa en el lenguaje de la civilización que acaba de nacer. Por más que en adelante cambien los gustos y los estilos, siempre quedará en el arte mesopotámico, como hilo conductor común a todas las épocas, la afirmación del hombre y de su destino trágico frente al poder y a la vida eterna de los dioses.

La Estela de los Buitres de Eannatum y la Estela de Naramsín significan, respectivamente, la cúspide del relieve sumerio y del acadio. Ninguna fotografía puede dar idea cabal de la primera. En aquella lápida de cuatro caras —dos de ellas anchas y dos muy estrechas— se apiñan los hombres del ejército de Lagash sobre un fondo literalmente cubierto de inscripciones. El dios Ningirsu y su vicario, el rey Eannatum, arrollan a las tropas de Umma sin tregua y sin respiro. Pero sólo el dios es grande; sólo él puede mostrar calma y aplomo en el cruento rodar de las batallas. En la Estela de Naramsín será el rey acadio, tocado del casco de cuernos que ahora señala que él también es un dios, quien asuma la función hasta entonces reservada a las divinidades, alzándose en la cima de una montaña como artífice del brutal aplastamiento de sus enemigos. Muchos siglos más tarde, los más feroces imperialistas del Oriente antiguo, como fueron los asirios, harían suyo este ideal del rey, envolviéndolo en una fraseología más piadosa, pero también más hipócrita. Y una nota marginal: es admirable que el Museo

Ofrenda del agua según un mural del palacio de Mari (museo de Louvre)

del Louvre haya podido conseguir estas dos estelas junto a tantas obras maestras del arte sumerio, hasta el extremo de que en el día de hoy puede uno ahorrarse viajes a países más distantes, porque lo menos un ochenta por ciento de todo el arte sumerio está cómodamente reunido en París, con un pequeño anejo en el Museo Británico de Londres. Y sería injusto decir que ese arte lo han robado; tanto ingleses como franceses han sabido encontrar ocasiones de hacerse con él y aprovecharlas.

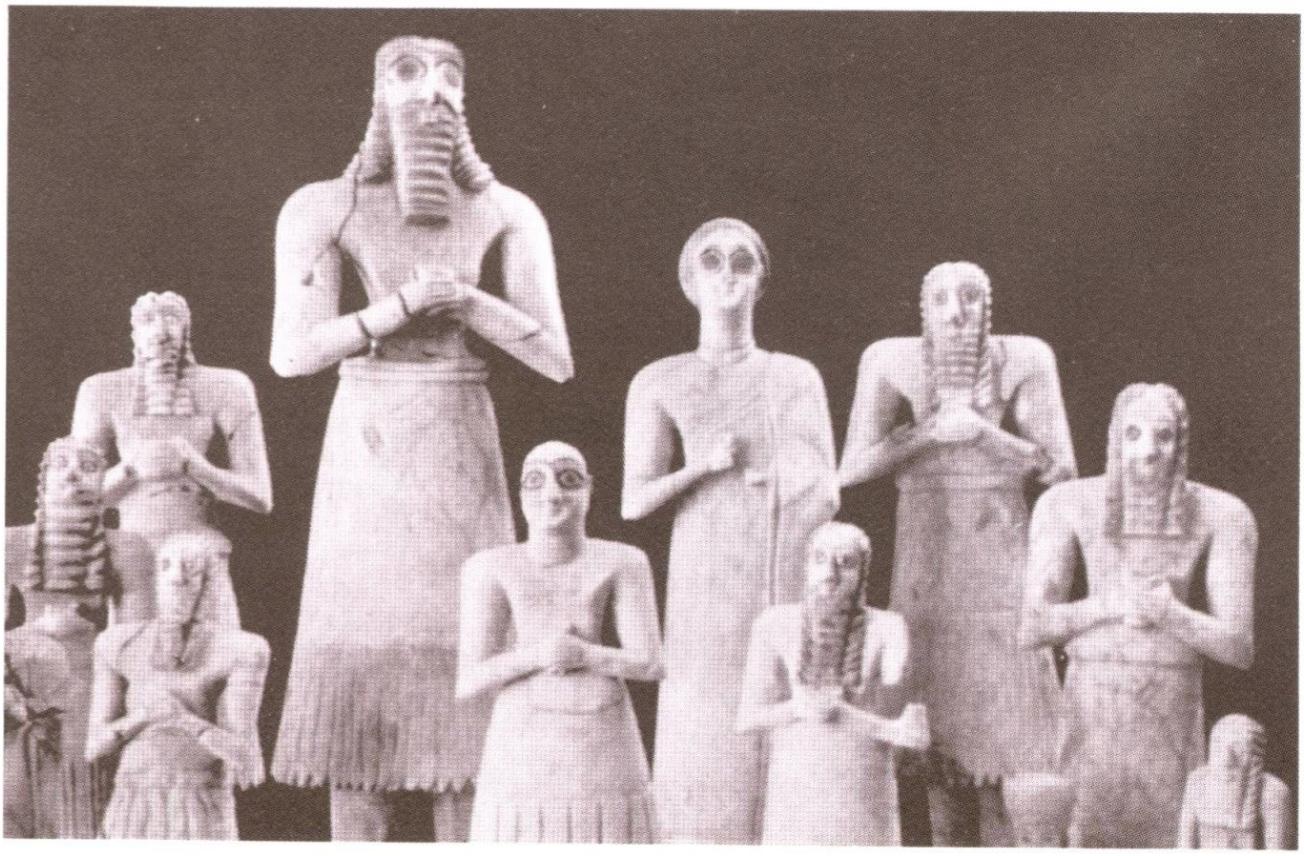
Escritura y orfebrería

Sus primeras manifestaciones son el rostro de la Dama de Warka (nombre árabe de Uruk), unas cuantas estatuillas de hombres desnudos, tocados con un bonete de reborde ancho y abombado (uno de ellos, el mejor, viste además un faldellín y conserva parte de sus ojos postizos y la pupila azul de uno de ellos), y una larga serie de carneros, bueyes y otros animales con los que el arte sumerio no sólo confirma su predilección por el tema de la animalística, sino que además acredita una extraordinaria capacidad de observación.

En rigor, la Dama de Warka es una obra de excepción, incluso por su tamaño, muy próximo al natural. El escultor supo infundir tanta vida en su semblante, que éste se parece mucho más a un retrato —por ejemplo, a un retrato romano— que todos los de épocas más recientes. De ahí su aparente proximidad al espectador actual. Pero es preciso aceptar con cautela la simpatía que despierta, reconociendo que si la tuviéramos con todo lo que ha perdido (el tocado, las joyas y los ojos del concha y lapislázuli), más lo que le falta por debajo del cuello, se alejaría mucho del plano clásico para regresar a lo que fue realmente: una de las imágenes religiosas más antiguas de la Humanidad, quizá la más antigua.

Entrada ya la época Protodinástica las estatuas van siendo más abundantes, pero siempre pequeñas. Suelen aparecer entre las ruinas de los templos como exvotos de hombres y mujeres que se hicieron representar sumidos en el recogimiento de sus plegarias, distantes y aisladas no sólo del entorno, sino del espectador. Lo mismo el vestido— en los hombres un faldellín de piel de oveja, en las mujeres una especie de toga— que las partes desnudas aparecen sometidos a una despiadada estilización geométrica que los hermana con los prismas y con los conos. Esta debió de ser la expresión predilecta de los sumerios. Pero los sumerios no estaban solos en el país. La infiltración de los semitas dio paso en el arte de la escultura a un mayor naturalismo. Los ángulos y aristas de estatuas como las de Tell Asmar, genuinas representantes del

Estatuillas de personajes orantes, de Tell Asmar (Museo de Bagdad)



gusto abstraizante de los sumerios, empiezan a transformarse en las superficies convexas, suavemente fundidas y modeladas que vemos, por ejemplo, en el Ibihil de Mari. Aquí se abre camino la nueva humanidad de hombres pequeños, regordetes y de cabeza rapada que predomina durante la Primera Dinastía de Ur y reaparece en Gudea y en muchos de sus coetáneos después del intermedio acadio.

Lo que éste significó en el campo del arte lo pone en máxima evidencia la cabeza de bronce de Nínive, identificada por unos como Sargón y por otros como Naramsín. Si el rey de los acadios fue aceptado como un hombre-dios, en esta cabeza tenemos su más cabal representación. Pese a los daños y mutilaciones que ha sufrido, no se ha perdido del todo la expresión de sagacidad que irradiaban los ojos de aquel jefe de beduinos. Su nariz fina y aquilina, y todo el contorno huesudo de la faz acreditan la firmeza de su carácter y sus dotes de mando; los labios carnosos, perfilados por nítidas aristas, insinúan, sin acentuarla tanto como los retratos asirios, la sensualidad y la capacidad de adoptar cruel resolución que suelen caracterizar la índole del antiguo magnate oriental. Es asombroso que esta magnífica plasmación de un tipo humano no se haya malogrado por el artificio con que el escultor trató su larga cabellera y las cascadas de bucles de la barba. A este emperador le cuadraría el epíteto carolingio de «el de la barba florida», al punto que no es de extrañar que en el futuro una gran parte de la retratística oriental, la asiria sobre todo, se remontase a este prototipo siempre que intentó representar al rey como pastor de su pueblo y jefe de su ejército.

Las técnicas de la incrustación, de la metalistería, de la orfebrería, lo que en buena parte constituye el objeto de las artes suntuarias, alcanzó entre los sumerios un grado de desarrollo que dejó estupefacto al mundo cuando sir Leonard Woolley dio a conocer los ajuares de las Tumbas Reales de Ur (hacia 2500 a. C.). Sin alcanzar el grado de opulencia de los tesoros de la Tumba de Tutankamon, descubiertos por entonces, aquellos ajuares, mil años más antiguos que los del egipcio, desplegaban una fastuosidad similar en el viejo mundo mesopotámico. Las joyas, las armas de oro, los instrumentos musicales, los tableros de juego, las vajillas, las guarniciones de los carros sumaban a su elegancia funcional el interés de sus representaciones figuradas. Aquí el carnero incorporado sobre el rosal, que viene a ser una estatua de oro y lapislázuli, las cabecitas de toro de las arpas, los menudos cuadros insertos en estos y otros instrumentos enriquecían notablemente el legado sumerio a la par que planteaban problemas de interpretación y comprensión que aún hoy siguen intrigando a la ciencia.

Dibujo hecho sobre la escultura de la cabeza de Sargón o Naramsín

Bibliografía

Arnaud, D., *Le Proche Orient Ancien,* París, Bordas, 1970. Blanco Freijeiro, A., *Arte Antiguo del Asia anterior,* Sevilla, 1981. Cassin, E.; Bottero, J., y Vercoutter, J., *Imperios antiguos de Oriente,* volumen I, Madrid, Siglo XXI, 1984. Fullola, J. M., y Gurt, J. M., *La prehistoria del hombre, desde los orígenes a la escritura,* Barcelona, Salvat, 1985. Garraty, J. A., y Gay, P., *El mundo antiguo,* Barcelona, Bruguera, 1981. Grimberg, C., *El alba de la civilización,* Barcelona, Daimon, 1982. Kramer, S. N., *La Historia empieza en Sumer,* México, 1960. Liberani, M., *El mundo mesopotámico,* Barcelona, Salvat, 1980. Pijoán, J., y otros, *Primeras civilizaciones en Mesopatamia,* Barcelona, Salvat, 1980. Roldán, J. M., *Introducción a la Historia Antigua,* Madrid, Istmo, 1975. Starr, Ch. G., *Historia del Mundo Antiguo,* Madrid, Akal, 1974. Strommenger, E., e Hirner, M., *Cinco milenios de arte en Mesopotamia,* México, 1967. Tovar, A.; Röllig, V., y Gamer-Vallert, I., *Historia del Antiguo Oriente,* Barcelona, Hora, S. A., 1984.

Mañana, alrededor del teléfono, algo maravilloso va a ocurrir.

Telefónica